LIBROS PARA EL MAESTRO

EDICIÓN HECHA POR EL MONITOR DE LA EDUCACIÓN COMÚN

I

J. J. ROUSSEAU

Y

LA EDUCACIÓN DE LA NATURALEZA

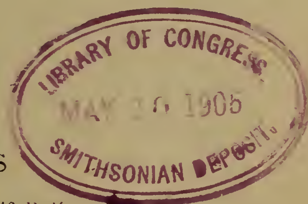
(DE LA SÉRIE «LOS GRANDES EDUCADORES»)

por

GABRIEL COMPAYRÉ

Rector de la Academia de Lyon

(TRADUCCIÓN EXPRESA PARA EL MONITOR DE LA EDUCACIÓN COMÚN)



BUENOS AIRES

Est. Tipográfico El Comercio—313-Bolívar-319

1905

PRÓLOGO

Al publicar esta serie de monografías consagradas á los «Grandes educadores» de todos los tiempos y de todas las naciones, el fin que perseguimos es múltiple.

Se trata desde luego de hacer revivir, en su fisonomía moral, en su pensamiento y en su acción, en sus teorías como en sus métodos, á todos aquellos que, con algún brillo, han contribuído á reformar, á hacer avanzar la instrucción y la educación de la humanidad, y que merecen ocupar un lugar en el libro de oro de la historia de la pedagogía.

Pero, después de haber puesto de relieve cada una de esas figuras heróicas, se trata también de vincular á su individualidad propia las tendencias generales de la época en que vivieron esos reformadores, las instituciones escolares de su país y como el genio de su raza, á fin de mostrar, en una serie de cuadros, los esfuerzos y los progresos de los pueblos civilizados.

En fin, no es solamente la historia lo que desearíamos referir. Nuestra ambición es más elevada: consistirá en confrontar con las ideas de ayer las opiniones

de hoy, las necesidades y las aspiraciones de la sociedad moderna, y preparar así la solución de los problemas pedagógicos que aparecen ante el siglo veinte.

Si hemos escogido á J. J. Rousseau para abrir esta galería de retratos, no es porque sea un guía seguro, un maestro impecable, muy lejos de eso. Pero él ha sido, en materia de educación, un gran excitador de ideas, el iniciador del movimiento moderno, el «leader» de la mayor parte de los educadores que le siguieron. Pestalozzi, Herbert Spencer, para no citar sino á estos, son sus verdaderos discípulos. El sacudió la rutina y las tradiciones, rompió violentamente con el pasado; y, si no ha sembrado siempre la buena semilla en el campo de la educación, lo ha despejado á lo menos de las malas hierbas que lo llenaban, dejando á sus sucesores el cuidado de cultivarlo, de fecundarlo por mejores procedimientos de cultivo. No se hace más que tributarle justicia y ponerle en su puesto, cuando se le da el primero...

Dedicamos este estudio, y los que seguirán, á todos aquellos que se interesan por las cosas de la educación, y que piensan, como nosotros, que la cuestión de la educación es la cuestión vital, aquella de que depende el porvenir de los pueblos, que ninguna reforma es posible fuera de ella, que, en fin, el progreso de la educación es la cuestión de vida ó muerte para las sociedades como para los individuos.

J. J. ROUSSEAU

I

Todo se ha dicho sobre J. J. Rousseau, y hasta redicho, desde hace dos siglos en que sus obras son leidas y releidas, y perpetuamente comentadas. Luego no hay que pretender novedad, en una materia tan profundamente examinada. Más siempre hay interés en volver sobre las ideas de un pensador independiente y atrevido, que ha sembrado á manos llenas en sus escritos las paradojas y las verdades, que ha ejercido sobre los espíritus la influencia más extraordinaria, como una especie de fascinación, y de quien el señor Melchor de Vogüe podía decir recientemente que, por el prestigio dominador de su pensamiento, «se había hecho dueño de todo nuestro porvenir político y social». Las ideas de Rousseau sobre la educación, las únicas de las cuales queremos ocuparnos aquí, eran tan nuevas en 1762, fecha de la publicación del *Emilio*, como pueden parecerlo todavía hoy; y tal folleto, tal libro sobre la educación, que, en 1899 ó 1900, valieron á sus autores la reputación de innovadores audaces, no son con todo más que la repetición de algunas de las teorías predilectas de

Rousseau. ¿No es verdad, por otra parte, que á la luz del progreso que avanza, y ante los horizontes ensanchados que descubre la serie de los tiempos, un asunto, en apariencia agotado, puede rejuvenecer y mostrarse bajo un nuevo aspecto?

El *Emilio* es un libro complejo, lleno de cosas, que no sería posible penetrar desde el primer momento, de tal manera lo verdadero está confundido con lo falso, y las ficciones, los desvaríos aventurados, con las observaciones penetrantes y justas y la fuerza del razonamiento. No es una de esas obras sencillas y claras que revelan en seguida su secreto: es una composición complicada, mitad novela, mitad tratado filosófico, que—suponiendo que Rousseau no hubiera escrito *la Nueva Heloísa*—bastaría para justificar el título de un estudio reciente de Faguet: *J. J. Rousseau, novelista francés*; lo mismo que ha merecido ser llamado,—como lo era hace poco por un escritor americano, Mr. Davidson, «un psicólogo de primer orden». Las tesis que Rousseau expone con todo el fuego de su imaginación apasionada, con todas las seducciones de una pluma encantada, desconciertan primero al lector: subyugan á ciertos espíritus, quitan la confianza á otros. Es necesario volver atrás muchas veces, para reconocerse en esa mezcla confusa de consideraciones filosóficas y de sentimentales fantasías. No le acontecía perderse él mismo, cuando, por ejemplo, después de habernos presentado á Emilio como huérfano, imagina, para decidirle á aprender á leer, hacerle recibir cartas de su padre y de su madre?

Pero si, en el primer momento, uno se siente tentado á protestar contra las audacias y las lijerezas de

un espíritu aventurado y con falta de equilibrio, se advierte, reflexionando, que la mayor parte de sus paradojas ocultan un fondo de verdad, — no digo un lugar común; no, pero una concepción original, una idea de porvenir, cuya justeza la verificará poco á poco la experiencia. Muchas veces, es á él mismo que deberá pedirse una respuesta decisiva á las quimeras con que aparecía más entusiasmado. Por lo demás, para hallarse de acuerdo con él, no habrá más que separar los artificios de composición con los que le ha agradado envolver sus ideas. En fin, el *Emilio* es un libro de combate «lleno de relámpagos y de humo»; y así como en un campo de batalla, debe esperarse que el humo del cañoneo se haya disipado, antes de reconocer las posiciones conquistadas, así, en las declaraciones inflamadas de Rousseau, hay que dejar extinguir el ruido de las frases sonoras y desaparecer el torbellino de las imágenes, de los apóstrofes y de las prosopopeyas, para alcanzar y distinguir los resultados de su rápida y brillante marcha hacia adelante en el terreno de la educación nueva. Seguramente, ciertas partes del *Emilio* han envejecido, pero otras habrán esperado cien y más años, para ser realmente comprendidas y aparecer en toda su fuerza.

Hay que decir con qué espíritu está concebido este estudio: menos para criticar á Rousseau, que para hacer resaltar los tesoros de verdades perdurables que ha como ocultado en un libro que él representaba con razón como «el más útil, el más considerable» de sus escritos. Tomarle en flagrante delito de utopía, es cosa fácil: insistiremos lo menos posible en esta tarea banal

de refutación. Sin disimular en nada los sofismas del *Emilio*, nos preguntamos sobre todo en qué puede todavía Rousseau servirnos de guía. La verdadera crítica es la que hace valer el bien y no insiste sobre el mal sino para explicarlo. Rousseau habló para la posteridad y para el porvenir, más aún que para sus contemporáneos y para su tiempo. Entre los pliegues olvidados del *Emilio*, hay más de una reflexión que, pasada inapercibida hasta aquí, se encuentra ahora fecunda en enseñanzas, para los hombres de nuestra época y directamente apropiada á las necesidades presentes: tan grande era la perspicacia de un filósofo, de un «descubridor de fuentes», que, con anticipación de treinta años, había predicho la revolución francesa, al mismo tiempo que la preparaba. Pero lo que todavía importa más que una multitud de verdades de detalle, es el espíritu general que anima el conjunto de la obra. El *Emilio* es digno de quedar como el eterno objeto de las meditaciones del educador, aunque más no fuera por ser un acto de fe y de esperanza en la humanidad.

II

Rousseau es realmente un iniciador; más que eso, un revolucionario. Se adelantó á las generaciones de 1789, aun á las de 1793, cuya pretensión debía ser reconstituir la sociedad, regenerar la especie humana, según la palabra expresiva de Barère á sus colegas de la Convención: «Estáis llamados á recomenzar la historia». En esas épocas de crisis y de tormenta, es na-

tural que la atención de los pensadores más finos se dirija á los niños y á la educación: porque es solo con la educación con lo que se puede contar para dirigir las almas nuevas por las vías de una vida regenerada. Tal fué la ambición de Rousseau. Ha sido el reformador, el soñador, si se quiere, que, en su protesta ardiente contra las realidades que condena, aspira, en todas las cosas, á una renovación radical de todas las instituciones humanas. De este llamado al ideal,—sin hablar de los ensayos en los que, en sus comienzos, había ya ejercitado su verba crítica,—ha salido la hermosa trilogía de sus obras capitales publicadas una tras otra en tres años, *la Nueva Heloísa*, en 1759, el *Contrato social* y el *Emilio* en un solo año, 1762: tres obras maestras, que, á pesar de la diversidad de las formas y de los asuntos, proceden de una inspiración común, puesto que tienden igualmente á reformar la sociedad, la primera en sus costumbres domésticas, la segunda en su constitución política, el *Emilio,* por último, en las leyes de la educación del niño y del joven.

Por poderosa que sea la originalidad inventiva de Rousseau, estamos lejos de pretender que su sistema de educación, que había meditado durante ocho años, sea un golpe de genio, una revelación milagrosa, que nada hubiera preparado y anunciado en el pasado. Rousseau ha tenido precursores, inspiradores. Un benedictino que habría podido emplear mejor su tiempo, Dom Cayot, ha escrito un grueso volúmen sobre *los Plagios de Rousseau;* plagios no, pero ha habido ciertamente imitación y apropiaciones. No se disminuye la gloria de los genios aún de los más originales, comprobando que algunas de sus

más famosas concepciones han sido entrevistas, esbozadas, antes que, por la intensidad de su reflexión personal, hayan conseguido, por así decirlo, dar cuerpo á vagas sombras intelectuales. Rousseau estaba impregnado de Montaigne á quien cita sin cesar. Había leído y «devorado» los libros de Port-Royal. Fénelon, y también «el sabio Locke», el «buen Rollin», el «erudito Fleury», le han dictado algunos de sus mejores preceptos. Locke, espíritu práctico y de buen sentido un poco vulgar, no tiene sin duda grandes semejanzas con Rousseau: sin embargo le ha inspirado en su campaña contra la educación muelle y afeminada, y también contra la instrucción «libresca». No parece que Rousseau hubiera conocido mucho á Rabelais, y no obstante existen sensibles semejanzas entre la educación de Emilio y la que Epistemon establece en provecho del joven Gargantua, este otro ser ficticio, este otro alumno de la naturaleza. Del abate de Saint-Pierre, tan fecundo en proyectos, Rousseau no solamente había estudiado *el Proyecto de paz perpétua*, que comentó, sino que lo continúa en sus tendencias utilitarias y su gusto por la educación moral. Habría que citar otros nombres... Pero el autor del *Emilio* transfigura todo lo que toca y transforma todo lo que aprovecha. En su imaginación fecunda, las ideas suministradas por otro se renuevan y se coloran; de tímidas, se hacen imperiosas, de vagas muy salientes; semejantes á débiles arbustos que, transplantados á un terreno rico y fértil, llegan á ser árboles vigorosos.

De todos los que han precedido á Rousseau, Turgot es, quizás, el que ha abierto más netamente los nuevos caminos. No parece, por lo demás, que el autor del

Emilio haya tenido conocimiento de las vistas que Turgot había expuesto en su larga epístola, una verdadera memoria que dirigió, en 1751, á Madame de Graffigny, la autora entonces célebre de las *Cartas peruanas.*

Pero no es raro que, en una misma época, espíritus en movimiento, sin haberse concertado, tengan las mismas inspiraciones. Diez años antes que Rousseau, con la misma convicción que él, Turgot predica ya la vuelta á la naturaleza. «Nuestra educación, decía, no es más que pedantería: se nos enseña todo á la inversa de la naturaleza.» «Hay que estudiar la naturaleza, consultarla, para ayudarla y librarse del inconveniente de contradecirla.» «Se mete en la cabeza de los niños una infinidad de ideas abstractas, que no pueden comprender, cuando la naturaleza los llama á ella por todos los objetos sensibles....» No hay ni la máxima fundamental del *Emilio* sobre la inocencia original de nuestras inclinaciones que no esté admitida ya por Turgot: «La naturaleza ha puesto en el corazón del hombre la semilla de todas las virtudes: no hay más que dejarlas manifestarse....»

Sin citar otros ejemplos, es evidente que en torno de Rousseau circulaban en el aire ambiente, gérmenes de ideas que recogió para desarrollarlas. Pero no lo es menos que es de sí mismo, de su propio fondo tan rico, de sus vistas *a priori* sobre la naturaleza humana, y no de una experiencia práctica de que carecía, de donde sacó la sustancia de su tratado *de la Educación.* Rousseau ha razonado, ha imaginado, más aún de lo que ha mirado y observado. No es que se le escapara la necesidad de la observación: tenía muy claro el sentimiento de ella, y se

daba bien cuenta de lo que le faltaba para tratar con entera competencia el gran asunto que abordaba. La prueba, está en lo que escribía á una de sus protectoras, Mme. de Créquy, el 15 de Enero de 1759, cuando habiendo terminado *la Nueva Heloísa* se había entregado de lleno á la composición del *Emilio*. «A propósito de educación, tendría algunas ideas sobre este asunto que estaría muy tentado de poner en el papel, si contara con un poco de ayuda: pero habria que tener respecto á ello observaciones que me faltan. Sois madre, señora, y filósofa, aunque devota: habéis educado á vuestro hijo. Si quisierais en vuestros ratos perdidos, anotar algunas reflexiones sobre esta materia y comunicármelas, estariais bien compensada por vuestro trabajo, si ellas me ayudasen á producir una obra útil... » El padre desnaturalizado que no había educado á sus propios hijos, se hallaba reducido á mendigar la experiencia de los demás ..

Rousseau no ignoraba pues que, para establecer las reglas de conducta de los niños, es necesario haber estudiado á la infancia. Si es exacto decir que ha dotado á la Francia de una literatura nueva, que ha sido uno de los predecesores del romanticismo, puede también afirmarse que inauguró á su manera los estudios tan importantes que se han puesto á la moda desde hace algunos años, bajo el nombre de «psicología del niño». Sería fácil constituir un capítulo bastante nutrido de esta nueva psicología, recogiendo, esparcidas en las largas páginas del *Emilio*, cantidad de observaciones justas y finas sobre el carácter y los gustos de la primera edad. «Los niños no piensan nunca sino en el presente . . Yo no conozco nada por lo cual, con un poco de habilidad, no

se les pueda inspirar el gusto, hasta el furor, sin vanidad, sin envidia; su vivacidad, su espíritu imitador bastan, sobre todo su alegría natural... Es de toda edad, sobre todo de la edad del niño, querer crear, imitar, producir, dar signos de poder y de actividad...»

Se podría multiplicar largamente esas citas, y mostrar cuánto placer sentía Rousseau en estudiar á los niños— porque ¡ay! es necesario agregar los niños de otros? Causa lástima verle, en su triste casa, vacía por su culpa, ponerse en la ventana para espiar la salida de la escuela y sorprender furtivamente las conversaciones, los juegos, las travesuras de los pequeños escolares... «Jamás hombre alguno, dice en la penúltima de las *Fantasías de un paseante solitario*, ha gustado más que yo ver á los chicuelos juguetear y recrearse juntos!» Y agrega. «Si he hecho algún progreso en el conocimiento del corazón humano, es el placer que tenía en ver y observar á los niños lo que me valió este conocimiento.»

¡Pero cuanto más exacta habría sido la psicología de Rousseau, si, en vez de ese trato pasajero con algunos «pilluelos» de las calles, que seguía un momento en sus diversiones, hubiera podido practicar la observación atenta de un padre que, día por día, ve nacer y crecer el alma de su hijo! Es de observar, por otra parte, que por haber Rousseau abandonado criminalmente á sus cinco hijos, le vino la preocupación de la educación, como si se hubiera sentido obligado á reparar en parte la más grave de sus flaquezas morales: «Las ideas de que mi falta ha llenado mi espíritu han contribuido á hacerme meditar el tema de la educación...»

De lo que también Rousseau estaba desprovisto, era

de la experiencia profesional de la enseñanza. Sé muy bien que á la larga lista de los oficios que desempeñó, en el curso de su juventud vagabunda y de su vida de bohemio, habiendo sido sucesivamente aprendiz grabador, dependiente de escribano, sirviente, lacayo, caballerizo, comisionista, secretario, copista de música,—Grimm, que no le quería le aconsejó un día que se hiciera cafetero,—debe agregarse todavía el de preceptor: pero lo fué tan poco tiempo y tan mal!... En 1739—tenía 27 años,—Bonnot de Mably, gran preboste de Lyon, le confió la educación de sus dos hijos. Se dedicó al principio á esta tarea, creyendo tener talento para ella. Pero pronto se desengañó. «Nada hice que valiera algo.» No sabía emplear más que tres medios de disciplina, «siempre inútiles y perniciosos con los niños»: el sentimiento, el razonamiento y la cólera. Al sentimiento nunca renunciará porque, para reprender á Emilio por una falta, el preceptor no intervendrá sino diciendo: «Amigo mío, me habéis causado pena!... «Pero el razonamiento, lo excluirá sin piedad de la instrucción de la primera edad, convencido en adelante, contrariamente á la doctrina de Locke, que no conviene razonar, hablar en razón desde muy temprano con los niños, «los que, por ser razonadores, no son sin embargo razonables.» Disgustado pronto de una profesión para la que no era apto, Rousseau se desligó al cabo de un año, no sin haber redactado para el señor de Sainte-Marie, uno de sus dos alumnos, un proyecto de educación en el cual nada anuncia, ni por el pensamiento, ni por el estilo, al brillante y profundo autor del *Emilio.*

Si Rousseau no fué ni un observador asiduo del ni-

ño, ni un profesor,—ni así mismo un alumno, puesto que nunca hizo estudios continuados, puesto que fué estudiante solo de lo que se llamó la «Universidad des Charmettes», en cambio sintió mucho, vivió mucho; y para formar un espíritu poderoso, seguramente que un curso regular de estudios en el colegio de Plessis habría sido menos ventajoso y menos eficaz, que esa existencia agitada que llevó á Rousseau á todos los centros, á todos los salones, como á todas las antecámaras, que hizo de él sucesivamente el amigo de los filósofos y el comensal de los grandes señores, un plebeyo dispendioso con el pueblo, y el favorito mimado de las grandes damas, de las condesas, de las duquesas y de las mariscalas.

No se podría negar que Rousseau ha puesto mucho de sí mismo, que ha hecho entrar muchos de los recuerdos de su vida, de los reflejos de su alma en la concepción del alumno modelo que forma para la humanidad. Montagne decía: «Soy la tela de mi libro» ¿Ocurre lo mismo con Rousseau? ¿Podría decir él también, como lo sugiere Amiel: «Mi sistema y yo no formamos más que una sola cosa? Concibió á Emilio á su imágen y semejanza? Amiel pretende que en sus teorías más magníficas, nunca teje sino su propia substancia, que él es un «subjetivo» en primera línea... No contradecimos y bien sabemos que por regla general, es una tendencia natural en los educadores proyectarse, por decirlo así, en los planes que proponen á la imitación de otros. Cuando Rousseau, por ejemplo, suprime en la instrucción toda enseñanza didáctica, ¿qué otra cosa hace sino erigir en regla su propia experiencia? «Lo poco que sé, lo he aprendi-

do sólo. Nunca he podido aprender nada con maestros... Rousseau es un autodidacto: Emilio también.

Pero, en cambio, ¿en cuántos otros puntos las fantasías de la educación de Emilio no se hallan en oposición formal con las realidades de la existencia de Rousseau? Que los que están satisfechos de su destino recomienden á los demás lo que en ellos ha tenido éxito, se comprende. Pero Rousseau estaba descontento de sí mismo y de su suerte, no menos que de la sociedad. La educación que sueña, parece en consecuencia, que la haya concebido en un esfuerzo de reacción contra su propio estado, por contraste con las imprudencias que había sufrido, con los errores ó las faltas que había cometido. Pobre alma doliente, cuerpo enclenque y enfermo, se consuela evocando la imágen ideal de un niño robusto, sano de cuerpo y de espíritu. Se resarce de sus miserias, de sus imperfecciones, creando un ser feliz y perfecto.

Dirá, por ejemplo: «No había concebido todavía nada, cuando todo lo había sentido» ¿No es para escapar á las consecuencias de esta excitación precoz, que lo había sensibilizado hasta el extremo y desmoralizado por toda la vida, que, cayendo en el exceso opuesto, suspendiese hasta los 15 años la iniciación de Emilio en toda emoción sentimental? Abusó de la lectura; antes de los diez años había devorado toda una biblioteca de novelas. ¿Será por este motivo que, detestando y anatematizando los libros, los prohibirá absolutamente á Emilio? No conozco, ha dicho Brunetiére, á otro de nuestros grandes escritores cuya infancia y juventud hayan carecido hasta ese punto de direccion. En efecto, por decirlo así, no tuvo familia: su madre murió al darle á luz: su padre,

después de haberle mimado, le abandonó. Nadie le educó... ¿Cómo no hallarse tentado después de eso, de imaginar una situación completamente inversa, dando á Emilio un ayo que no le perderá de vista un momento, un mentor que le acompañará, le protegerá en todos sus pasos hasta el umbral de la cámara nupcial? Mal rodeado, comprometido en compañías humillantes, Rousseau tenía conciencia de que había perdido la dignidad, la nobleza de alma en las turpideces de su existencia: así pues, para educar á un hombre en el honor y en la virtud, eliminemos todas las circunstancias exteriores que le exponen á mancharlo y á degradarlo. Emilio vivirá sólo, lejos de los hombres... Rousseau se arrastró en todos los oficios y en todas las antecámaras; se disipó en la vida mundana; frecuentó los salones parisienses y se dejó por momentos seducir por los artificios de la sociedad; tejió un montón de frívolas intrigas amorosas. Maldito sea todo eso, por el hombre ideal: la campaña, el aire libre, la sencillez de la vida de los campos, un amor puro, único y profundo, nada más que la naturaleza... «¡Adios, París, ciudad de ruido, de humo y de lodo, en que las mujeres no creen ya en el honor, ni los hombres en la virtud! ¡Adiós, París; buscamos el amor, la felicidad, la inocencia: nunca estaremos bastante lejos de tí!»

El *Emilio* no es, pues, sino en parte una construcción fantástica levantada expresamente para hacer antítesis á la vida real de Rousseau. Para excusar, para explicar á lo menos, la generación de todas las locas quimeras del *Emilio*, no perdamos nunca de vista el combate interior que se había librado en el corazón de nuestro héroe, entre lo que había de noble en sus aspi-

raciones y de bajo en su vida: la contradicción sorprendente del culto que profesaba por el ideal y de las realidades mezquinas de la condición que sufría, y de la que él era en parte responsable. Este hombre, del que Grimm decía que «había sido desgraciado casi siempre», maltratado por las aventuras más extrañas, abrumado por sus males físicos y que se sentía morir mientras componía el *Emilio*, conturbado más todavía por los males imaginarios que le forjaba un espíritu inquieto, amargado por esa especie de locura de la persecución que debía aumentar de año en año y finalmente conducirlo al suicidio, exasperado contra un estado social cuyos vicios tanto mejor los conocía cuanto que los había participado, humillado por el recuerdo de lo que llama sus «briboneгías» de la juventud, avergonzado más tarde de vivir con una sirviente de bodegón cuya vulgaridad debía serle más de una vez pesada: tenía necesidad de lanzarse en un mundo ideal, y buscar en él el olvido pasajero de sus enfermedades morales, una compensación á sus desgracias, como un desquite á las debilidades de su carácter, á las tristezas de su destino. Si su vida fué amenudo un drama doloroso, ciertas partes del *Emilio* serán idilios, pastorales, de un verdadero encanto poético. Él lo decía: «La imposibilidad de alcanzar los seres reales me ha arrojado en el país de las quimeras: me he hecho sociedades de criaturas perfectas...» Las exageraciones, las fantasías que tendremos que señalar en el *Emilio* no serán amenudo más que imaginaciones queridas, cuyo inventor no es el engañado. Como lo escribía, en 1763, al príncipe de Wirtemberg, á propósito del plan de educación que le había dirigido para su hija So-

fía, educada según los principios del *Emilio*: «No son acaso más que los delirios de un febriciente... La comparación de lo que es con lo que debe ser me ha dado el espíritu romántico, y me ha llevado siempre lejos de todo lo que se hace.»

Lo que Rousseau habría querido ser, lo que no fué, Emilio lo será, ó al menos Rousseau quiere que lo sea.

III

«Perdonad mis paradojas, lectores vulgares», exclama en alguna parte Rousseau. La mejor manera de perdonárselas, es tratar de sacar de ellas el alma de verdad que contienen. Una vez que hayamos despojado de la forma violenta con que ha tenido á bien envolver este prestidigitador del pensamiento los principios esenciales de su sistema, nos faltará recoger en el *Emilio* las reglas generales, las verdades particulares, definitivas é incontestables, de que no se desprenderá más la educación moderna.

«El hombre ha nacido libre, y en todas partes está entre cadenas, así comienza el *Contrato social.*

«El hombre ha nacido bueno, y en todas partes se ha hecho malo», tal es el sentido del preámbulo del *Emilio.*

Rousseau se complace en estas afirmaciones absolutas: ama las fórmulas imperativas y breves que llaman la atención.

Al sofisma de su política: «La voluntad general del pueblo es siempre recta», corresponde este otro sofisma

de su psicologia: «La naturaleza es en el fondo buena».

Tal es el error inicial de donde vá a derivarse todo lo que hay de falso en el *Emilio*. El más amargo y el más incisivo de los pesimistas, cuando juzga la sociedad real, Rousseau es el más indulgente de los optimistas, cuando considera, por encima de las obras de los hombres, la obra de la Providencia, es decir la naturaleza.

La naturaleza es buena y bienhechora. Las criaturas son puras, en tanto que no hayan sido alteradas, corrompidas, desfiguradas, sofisticadas por el efecto de una pretendida civilización que no es sino una larga decadencia. Sobre este punto, Rousseau estaba de acuerdo con muchos de sus contemporaneos. D'Holbach decía: «El hombre es malo porque se le ha hecho tal»; y Diderot: «Existía un hombre natural; en ese hombre natural se ha introducido un hombre artificial». Rousseau repite con insistencia la misma tesis. «Sentemos por máxima incontestable que los primeros movimientos de la naturaleza siempre son rectos, que no hay nada de perversidad oríginal en el corazón humano.... Todos los caracteres son buenos y sanos en si mismos.... No hay error en la naturaleza....»

Sin duda alguna, habría el derecho de detener en seguida á Rousseau y pedirle cuenta de esta contradicción flagrante: el hombre es naturalmente bueno, y la sociedad, obra del hombre es mala... Pero esta incoherencia no le turba. Fiel á la opinión que había expresado en los dos *Discursos* que comenzaron su reputación, se obstina en su utopía. Repite bajo todas las formas que con sus costumbres y sus prejuicios la so-

ciedad es detestable y perversa, que es necesario reformarla completamente. Al régimen de las tradiciones seculares y anticuadas, sustituyamos, resucitándola, la autoridad de la naturaleza; al imperio de la dura disciplina y de las restricciones opresivas que mutilan y deforman las facultades humanas, hagamos suceder el reino de la joven libertad que las ayudará á desplegarse.

Con un desafío semejante lanzado á todas las instituciones humanas, Rousseau aspiraba más alto que á una simple reforma pedágogica: anunciaba una revolución social. Es el verdadero padre de las revoluciones cuyo ídolo llegará á ser: no olvidemos que Marat, en 1788, leía el *Contrato social*, entre los aplausos de un auditorio entusiasmado.

La consecuencia del principio planteado por Rousseau, es, bajo el punto de vista de la educación, que es necesario rehacer al hombre natural, al hombre «original», según la exposición de que ya se había servido en su *Discurso sobre la desigualidad entre los hombres,* al hombre tal como era en el plan primitivo de la naturaleza y de la Providencia,—porque en el espiritu religioso de Rousseau, detrás de la naturaleza, está la Providencia, que es el punto capital de su doctrina filosófica, —el hombre en fin, tal como sería, sino hubiera sido desnaturalizado por la vida social y sus largas adulteraciones, el hombre de la naturaleza, en una palabra, y no «el hombre del hombre».

No nos detengamos en demostrar que Rousseau se engaña, que hay en la naturaleza gérmenes para el ma[1] como para el bien, y que de consiguiente la educación

no es solamente un auxiliar complaciente, sino que debe ser una fuerza de resistencia que corrige y que endereza. Consideremos más bien que la opinión contraria y también absoluta, la de una naturaleza mala en su esencia, originalmente viciada y exclusivamente predestinada al mal, había prevalecido durante largo tiempo y reinaba todavía como soberana. Y de esta condenación radical pronunciada contra la humanidad derivaba una educación estrecha y rígida, hecha sobre todo de compresión, erizada de prohibiciones y de castigos, que nada acordaba á la libertad nativa de los niños. Se había ensayado, en la disciplina, todos los instrumentos, fuera de uno, el único precisamente que pudo tener éxito, la libertad bien dirigida. Rousseau se levanta, y á la concepción del viejo Adam caido cuya herencia fatal debería desarraigarse en cada hombre, opone con brillo la doctrina contraria de una humanidad instintivamente inclinada al bien y, por consiguiente, llamada á desenvolverse en toda libertad. El teatro de las opiniones humanas en los movimientos contradictorios de las ideas que en él se suceden, recuerda un poco esas comedias en que á un interlocutor que se expresa en un sentido, replica, á fin de hacer resaltar mejor el conflicto de los sentimientos, otro personaje que se arroja en el extremo opuesto. No tienen razon uno ni otro, pero del choque de las opiniones contrarias se desprenderá la verdad. A todos los que desde hace dos mil años repetían el lamento de la humanidad degenerada, era bueno, á riesgo de forzar la voz é hinchar la respuesta, que un pensador elocuente respondiera, para manifestar su confianza, su fe en las fuerzas y las tendencias naturales del

hombre; y que así, treinta años antes que la Revolución francesa promulgase la *Declaración de los derechos del hombre,* un pedagogo anunciase la declaración de los derechos del niño, de sus derechos á una educación de libertad. «Se hace mal, dice Rousseau, en hablar siempre á los niños de sus deberes, nunca de sus derechos». El *Emilio* ha sido como la carta de liberación de la infancia.

La paradoja engendra la paradoja, y del principio erróneo que sirve de punto de partida al *Emilio* ha salido toda la serie de falsedades pedagógicas, que tan duramente, pero con mucha justicia se han reprochado á Rousseau, lo que Nisard llamaba sus «enormidades», y el pedadogo inglés R. Hebert Quick «sus extravagancias».

El primero de esos errores capitales, es que la educación, hasta los doce años á lo menos, debe ser rigurosamente «negativa«. La educación «positiva» no comenzará para Emilio sino después de una larga ociosidad intelectual y una no menos larga inacción moral. Puesto que la naturaleza tiende por sí misma á sus fines, no hay más que dejarla hacer. En *La Nueva Heloisa*, Julia afirmaba ya que la educación consiste «en no hacer nada absolutamente». El mejor educador será el que hiciere menos, no interviniendo sino para apartar los obstáculos que se opusieran al libre vuelo de la naturaleza, ó para crear las circunstancias que favorecerán aquélla.

La educación será negativa en dos sentidos: en la disciplina, como en la instrucción. Por una parte, no se ordenará nada al niño; por la otra, no se le enseñará nada.

Así, pues, ninguna autoridad moral, ninguna disciplina material para gobernar al niño. Nada de preceptos, ni de castigos, á lo menos de aquellos que inflige una voluntad humana, ni de recompensa de ninguna especie. Nada de otras penas que aquellas que son los resultados naturales de la acción y las consecuencias de la falta cometida. Es el principio que volveremos á encontrar en Herbert Spencer. «No presentéis nunca á las voluntades indiscretas del niño otros obstáculos que no sean obstáculos físicos». Que la mano del hombre no aparezca en ninguna parte. Emilio debe permanecer solo frente á la naturaleza y su poder.

Conocer el bien y el mal, no es asunto de los niños .. Tal vez Rousseau habia sacado la inspiración de este nihilismo revolucionario de sus recuerdos personales. «Jamás habia obedecido, dice Amiel. No conoció ni la suave regla de la familia, ni la firme disciplina de la escuela». Emilio no sabe lo que es la obediencia, ni tampoco la desobediencia, puesto que jamás recibe órdenes. No tiene idea de que pueda haber otra voluntad humana que no sea la suya. No está sujeto más que á una ley,inflexible desde luego, la ley de lo posible y de lo imposible. No conoce otra autoridad que las de las leyes de la naturaleza, otra dependencia que la que impone la necesidad imperiosa de las cosas.

¿Es conveniente contestar á Rousseau, para mostrarle que se engaña, que no habría precisamente nada de más ficticio, nada más contra la naturaleza, que esa educación llamada natural en que estaría suprimido lo que hay de más natural en el mundo, la autoridad de los padres y de los maestros? ¿Qué? Para dirigir la con-

ducta del niño, no habría ya que esperar nada, ni de las tiernas insinuaciones del cariño de una madre, ni de las prescripciones de la fuerte voluntad de un padre, á la vez suave y firme, ni de las exhortaciones persuasivas de un maestro benévolo y atento? Si es prudente excluir de la disciplina los caprichos de padres inhábiles que proceden por órdenes y contra-órdenes, que pasan de las extremidades de la complacencia ciega á las de un rigor brutal, qué locura no sería privarse de los beneficios que comporta, para la educación moral del niño, la acción de una autoridad ejercida con prudencia y tino? Impedid nacer los vicios, y habréis hecho bastante por la virtud, protesta Rousseau. Así como dirá en seguida: Impedid que penetren los errores y los prejuicios en el espíritu de Emilio, y habréis hecho bastante por la ciencia. No, no basta impedir el mal: hay que enseñar el bien. Si el alma de Emilio permanece sin cultivo durante doce años, será como esos campos que el labrador no trabaja, que no siembra: las malas hierbas crecerán en él con pavorosa fertilidad; y cuando se querrá extirparlas, será demasiado tarde. Rousseau estaba mejor inspirado en *La Nueva Heloisa*, cuando decía: «Un buen natural debe ser cultivado... Hay que enseñar á los niños á obedecer á su madre».

En el estudio que ha consagrado al *Emilio*, y que es el mejor que conocemos, Mr. John Morley, el hombre de estado inglés, observa con razón que la omisión del principio de autoridad es la debilidad fundamental del sistema de Rousseau.

«En ese sistema, dice, el niño debe creer siempre que sigue su propio juicio, que obedece á sus propias

impulsiones... Es necesario que no sienta la presión de una voluntad extraña. Es necesario que los padres ó los maestros no intervengan,... como si los padres no formaran parte de la naturaleza?... Y Mr. Morley añade: «Por qué pues no admitir solamente como naturales sino los efectos que el acto realizado produce en el bienestar físico del niño, y no los sentimientos de aprobación ó de desaprobación que ese mismo acto inspira á las persónas humanas? Se perdería una de las más importantes influencias educadoras, si el niño no estuviera acostumbrado desde temprano á pensar en primer término en los sentimientos de los que le rodean y le aman. ¿Cuán comprometida estaría la adquisición de tantas cualidades excelentes, si el niño en su ignorancia y su debilidad, no estuviera inclinado naturalmente á respetar, en sus padres y en sus maestros, una autoridad mejor informada y una experiencia superior á la suya?

El error no es menos grave en lo que concierne al otro aspecto de la educación negativa, el aplazamiento de la instrucción. Aquí Rousseau se exalta, y celebra con énfasis los pretendidos beneficios de la larga pereza de espíritu que impone á su discípulo. «¿Osaría exponer la regla más grande, la más importante, la más útil de toda la educación: la que no consiste en ganar tiempo, sino en perderlo?... La lectura es la plaga de la infancia... La aparente facilidad de aprender es la pérdida de los niños... Yo enseño el arte de ser ignorante... Así pues nada de libros, ninguna lección verbal. Emilio crecerá como un pequeño salvaje, sin cultura intelectual, ejercitando solamente su cuerpo y sus

sentidos. El ideal sería que permaneciese ignorante el mayor tiempo posible, que llegara á los doce años no sabiendo aun «distinguir su mano derecha de su mano izquierda». Rousseau, que se extasía ante esta obra, dirá con graciosa exageración: «Gustaría tanto de exigir que un niño tuviera cinco pies de altura como juicio á los diez años;...» ó también: «Emilio no vacilaría en cambiar toda la Academia de Ciencias»,—suponiendo que conozca su existencia,—«por la tienda de un pastelero».

Sin duda, que todo no es censurable en la educación inactiva, expectante, que recomienda Rousseau. Conservemos esto: que conviene no apresurarse, no anticipar el progreso natural de la edad; que es imprudente y peligroso recargar al niño con una instrucción precoz y prematura; que hay el riesgo de agotar sus fuerzas fatigándolas demasiado temprano. ¡Pero cuántos argumentos surgen contra el sistema que, por un abuso contrario, deja sin cultura las facultades intelectuales durante los doce primeros años, acaso los más fecundos de toda la vida! Rousseau mismo indica una objección que bien podría ser decisiva: es que el espíritu, embotado durante tan largo tiempo en la inacción, será incapaz de obrar de consiguiente y «se absorberá en la materia.» Cómo esperar que Emilio, que no ha estudiado nada, va de una vez á querer y poder aprender todo, que su pensamiento adormecido se despertará al instante, al llamado mágico de su preceptor, para adquirir como por encanto todos los conocimientos que le faltan? ¿Y sobre todo, cómo asegurarle de la noche á la mañana esa facilidad, esa flexibilidad de los órganos intelectua-

les que exige todo estudio, cuando se ha descuidado prepararlos por medio de un ejercicio continuado y por una lenta iniciación? En fin, si Rousseau tenía razón si el niño era incapaz de todo estudio abstracto, si habría que prohibirle hasta los doce años todo trabajo de espíritu, ¿se piensa cual sería la consecuencia? Habría que cerrar todas las escuelas primarias, y la instrucción del pueblo sería imposible.

Sé muy bien que Rousseau, para reemplazar á los libros y las lecciones de los maestros, apela á las enseñanzas de la naturaleza. Emilio no ha aprendido nada de memoria; casi ignora lo que es un libro. En cambio, sabe mucho por experiencia: «lee en el libro de la naturaleza».

Hagamos notar desde luego que la naturaleza no se presta tanto al papel de maestra de escuela que quiere imponerle Rousseau. Y la prueba, es que él mismo está obligado á recurrir á artificios, á las estratagemas más complicadas, para inculcar á su alumno los raros conocimientos que deben iluminar la noche de su ignorancia. La naturaleza tiene necesidad de un maquinista que prepare las escenas laboriosamente combinadas en que se intenta procurar á Emilio el equivalente de las lecciones de la educación ordinaria. Tal la escena del titiritero, destinada á revelarle algunas nociones de física elemental; tal la conversación, con el jardinero Robert sobre los orígenes de la propiedad. Sín duda que Emilio sabrá mejor las menudencias que habrá aprendido así por sí mismo. Pero, además de que su instrucción estará particularmente limitada, cuán lenta será esa enseñanza de la experiencia y de la natu-

raleza! Necesitará meses y años para descubrir lo que tan bién hubiera aprendido en algunas horas, gracias á lecciones bien hechas ó á lecturas bien escogidas. Todo cuanto la palabra clara de un profesor sabe poner al alcance del más pequeño estudiante, todo cuanto de luz pueden suministrar los libros á la inteligencia naciente, todo eso sería pues inútil? ¿Y no serviría de nada á Emilio ser heredero de una larga serie de generaciones que han trabajado, que han pensado, que han escrito, cuando ese esfuerzo secular ha acumulado tesoros de verdades donde los recién llegados á la vida no tienen más que escoger para instruirse?

Lo que basta por otra parte para la condenación de un sistema que tiende á nada menos que á la supresión de toda disciplina moral, y de toda enseñanza didáctica, durante el primer período de la vida, es que para aplicarlo, Rousseau está obligado á colocar á su alumno en una situación anormal, á substraerlo de las condiciones ordinarias de la existencia, á aislarlo en una especie de destierro, alejarlo en fin, de la dirección de sus padres, para confiarlo al cuidado de un extraño. Ha sorprendido que Rousseau, un sincero amigo y un apóstol de la familia,—nos convenceremos de ello dentro de un momento,—haya suprimido en su novela de educación, á los padres, los hermanos y hermanas. ¿Dónde están los cuadros delicados, que había trazado en *la Nueva Heloisa*, de los juegos en común y de la educación mútua de los hijos de Julia, educados bajo la mirada de su madre? Sí Rousseau se desdice, es que se vió obligado á ello para dar á su sueño de educación negativa una apariencia de ejecución práctica. ¿Cómo suponer en efecto que un padre y que

una madre puedan desinteresarse bastante de la educación de un hijo hecha por ellos mismos, como para renunciar á obrar sobre él, sea por medio de amonestaciones, si es menester severas, sea por afectuosas caricias? Era indispensable que el héroe de la educación natural viviera solo en su infancia, sin padres, sin compañeros, sin Dios ni amo: porque no se le hablará de Dios sino mucho más tarde, cuando tendrá diez y ocho años; y, en cuanto al ayo que le acompaña, no es, á decir verdad, ni un maestro, ni un profesor: es simplemente un guardián, un centinela vigilante, que tiene por consigna protejer á Emilio contra las influencias de afuera, contra todo lo que pudiera trabar la acción benéfica de la naturaleza, y cuyo fin se limita á establecer en torno de su pupilo una muralla de aislamiento.

Este aislamiento extraño de un niño al que se prohibe toda relación con el resto del género humano no es, pues, más que una construcción de fantasía, de que necesitaba Rousseau para poner bien de relieve las novedades de su plan. No vemos en ello más que un artificio de composición y sería por consiguiente supérfluo gastar de ironía contra una ficción que el autor desaprueba en muchos pasajes de su libro, y cuya absurdidad inverosímil basta á demostrar que no ha pensado jamás en hacer de ella la regla universal de la educación. «Yo muestro el fin que hay que proponerse: no digo que sea posible alcanzarlo». Cómo suponer que Rousseau haya creído seriamente realizable un sistema cuyo defecto menor sería suprimir en el mundo toda otra función que no fuera la de preceptor, puesto que se inmovilizaría durante veinte años á la mitad de los hom-

bres en su empleo de educadores, y que, como lo ha dicho Mme. de Staël, «los abuelos á lo más estarían libres de empezar una carrera personal». ¿Sería menester en efecto hallar tantos Mentores como Telémacos, esto es como niños á educar. La fe cristiana, en sus ardores, ha inspirado los «estilitas», esos anacoretas singulares que vivían en lo alto de una columna, entre tierra y cielo; como si se hubiera querido presentar así bajo una forma sorprendente y absurda, la necesidad de la ruptura con el mundo. La fe naturalista de Rousseau le ha sugerido también la invención de un ser excepcional que vivirá y crecerá alejado de la sociedad, por una especie de hipótesis cuyo fin era hacer resaltar el poder de la educación de la naturaleza. Sería inverosímil que Rousseau hubiera exigido tan imperiosamente á la madre que fuera la nodriza de su hijo, para arrebatárselo á su ternura y privarlo de sus cuidados, tan luego como terminara la lactancia. Nó, solo ha querido, en un cuadro ficticio, dar libre impulso á sus sueños. Emilio no es un ser real: es un ser imaginario, como una máquina de guerra inventada para combatir á la sociedad.

En el fondo, y refiriéndose á las otras partes del *Emilio*, como á los demás escritos de Rousseau, la educación doméstica nunca ha tenido un adepto más ferviente.

¿Cuántas veces, en su *Correspondencia*, no insiste en el elogio de la vida familiar? Es cierto que en sus *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*, que datan de 1772, cambia de opinión, y que, por una nueva contradicción, se pronuncia con ardor por una tercera solución por la educación común. Rousseau es el hombre de las

opiniones sucesivas, defendidas una tras otra con igual impetuosidad. A los polacos les aconsejará resueltamente la educación nacional, llevada hasta sus últimos límites, la educación de *La República* de Platón, la que absorbe al hombre en el ciudadano, que confisca al individuo para entregarlo completamente al Estado. Rousseau osciló toda su vida entre la doctrina del individualismo y la del socialismo, entre la soberanía del Estado y la libertad del hombre.

Dirá: «Las buenas Instituciones sociales son las que saben desnaturalizar mejor al hombre, quitarle su existencia absoluta para darle una del todo relativa... Por medio de la educación pública es que se da á las almas la forma nacional... La educación pública, por medio de reglas prescriptas por el gobierno, es una de las máximas fundamentales de todo gobierno popular... «Y también, en el artículo de la *Enciclopedia* sobre la *Economía Política*: «Como no se deja que la razón de cada hombre sea el único árbitro de sus deberes, menos se debe abandonar á las luces y á los prejuicios de los padres la educación de los hijos...»

Estamos lejos de la educación individualista de Emilio, y desde luego reconocemos que es imposible llevar más lejos de lo que lo hace Rousseau la desenvoltura inconsciente en la movilidad de las opiniones contradictorias y de las contradicciones impetuosas. Y sin embargo, á pesar de todo, sostenemos que, en el conjunto de sus aspiraciones, Rousseau es favorable á la educación doméstica. Leamos primeramente esa bella página del *Emilio* en la que se pide que la joven sea educada por su madre, y en la que refuta vigorosamente las

quimeras de la educación platónica. Protesta «contra esa promiscuidad civil que confunde los dos sexos en los mismos empleos, en los mismos trabajos, y que no puede dejar de engendrar los abusos más intolerables,—contra esa subversión de los más dulces sentimientos de la naturaleza inmolados á un sentimiento artificial que no puede subsistir sino por ellos;—como si no se necesitase una base natural para formar vínculos de convención, como si el amor que se tiene por sus allegados no fuese el principio del que se debe al Estado, como si no fuese por la patria pequeña que es la familia que el corazón se liga á la grande, como si no fuese el buen hijo, el buen padre, el buen marido, que forman el buen ciudadano...»

Ante la gran palabra familia, la imaginación de Rousseau se inflama, tanto más quizá cuanto que él mismo no conoció sus alegrías, ni practicó sus obligaciones. ¡Que no se le hable ni de colegios para los varones, ni de conventos para las niñas! De los colegios, no dirá más que una palabra, que son «establecimientos risibles»,—y es por haber hablado en ese tono despreciativo, que según lo que refiere en las *Confesiones*, se atrajo el odio de los jesuitas, de quienes, por prudencia, se había sin embargo impuesto como una ley «no hablar jamás, ni en bien, ni en mal». En cuanto á los conventos, como las naciones protestantes no los tienen, las juzgaba superiores á las naciones católicas.

En *La Nueva Heloisa*, Rousseau amonesta rudamente á los padres que entregan sus hijos á maestros extraños, «como si un preceptor pudiera reemplazar á un padre...» En otra parte, en sus cartas al príncipe

de Wirtemberg, escribe: «No hay más ojo paternal que el de un padre, ni ojo maternal que el de una madre. Y querría dedicar veinte resmas de papel para repetir esas dos líneas; tan convencido estoy que todo depende de ellos . . . »

Por otra parte, se sabe con cuánta elocuencia en el *Emilio* mismo, Rousseau ha recordado á las madres su deber, en lo que concierne á la lactancia. No es, sin duda, el primero que lo ha hecho. En la misma Roma, en el II° siglo, el filósofo Favorinus decía: «¿No es ser madre á medias confiar sus hijos á nodrizas mercenarias?. . . Palabras de bondad que felizmente contrastaban con las costumbres torpes, con la dureza de una sociedad, de la que uno de sus más ilustres representantes, Cicerón, un siglo antes, escribía en sus *Tusculanas*: «Cuando un hijo muere joven, uno se consuela fácilmente: cuando muere en la cuna, ni siquiera se ocupan de él. . . »

En los años que precedieron á la publicación del *Emilio*, médicos moralistas habían emprendido la misma campaña, pero la llevaron sin empeño. Rousseau puso en ello todo su corazón, y como dice Mme. de Genlis: «La sabiduría persuade menos que el entusiasmo. Rousseau repitió lo que otros habian dicho; pero no aconsejó: ordenó y fué obedecido».

Reconduciendo á las madres al lado de las cunas, Rousseau no se preocupaba sólo del interés del niño y de sus necesidades físicas. «Si pedía la leche de la nodriza, era para tener el afecto de la madre.»

A sus ojos, el hijo es como el mensajero de las virtudes de la familia, la prenda y al mismo tiempo el garante del amor conyugal. El es el vínculo sagrado que

une indisolublemente el esposo y la esposa. El hijo es el que sostiene y conforta el hogar doméstico, sea por la alegría que á él lleva su dulce presencia, sea por los deberes comunes que su educación impone. En el llamamiento que Rousseau dirige á los padres, tiene presente al padre lo mismo que á la madre. Después de haber dicho: «¿Queréis fijar á cada uno sus primeros deberes? Comenzad por las madres», agregará: «Como la verdadera nodriza es la madre, el verdadero preceptor es el padre.... El padre se excusará: los negocios, dirá, los deberes ... ¡El último sin duda es el de ser padre!»....

Pero volvamos á las quimeras de Rousseau, á lo que él mismo llamaba en su *Prefacio* «los sueños de un visionario», sin renunciar á buscar y á encontrar en ellas algunos granos de verdad. A la ilusión de la educación negativa se vincula la de la educación «sucesiva». Aquí, Rousseau va á contradecir su principio esencial, que es seguir á la naturaleza. En efecto, si hay alguna ley cierta de la naturaleza es la de que ella nada crea bruscamente, que siempre procede por medio de una lenta é insensible evolución. «Con ella, dice Mme. Necker de Saussure, no se encuentra comienzo en parte alguna; no se la sorprende creando y siempre parece que desarrolla». De esta concepción muy exacta ha salido el hermoso sistema de la «educación progresiva». Pero Rousseau ha soñado otra cosa: una educación fragmentada, dividida en series, cortada en tres períodos. Olvida que la naturaleza hace marchar de frente en su desarrollo las diversas funciones de la criatura humana, y que la educación, consiguientemente, debe conformarse

á esta evolución simultánea de las diversas facultades del alma y del cuerpo. Muy por el contrario, él rompe la unidad real del ser humano. «Es, decía Mme. de Epinay, como si se prohibiera á los niños mover sus brazos y servirse de sus manos cuando están aprendiendo á caminar». Desde luego, por medio de un dualismo absoluto, Rousseau separa el alma del cuerpo. «La naturaleza ha querido que el cuerpo se desarrollara antes que el alma». Pero del alma misma, en vez de una, hace tres. En la historia artificial de Emilio, hay tres fases radicalmente distintas y separadas una de otra. Hasta los doce años la vida física y el ejercicio de los sentidos: nada para la inteligencia, nada para el corazón. Emilio á los doce años no es más que un animal robusto, un «corzo ágil». De los doce á los quince años, la edad intelectual, el período bien corto de los estudios, en que el niño será rápidamente iniciado en los elementos de las ciencias útiles, en que no estará ya sometido á la fuerza necesaria de las leyes naturales, en que, por fin, reflexionará, y se determinará según un principio nuevo, la idea de la utilidad. En fin, — tercer periodo,—después de quince años, los sentimientos, el deber harán bien tardíamente su aparición: «Entraremos en el orden moral». Bruscamente, trata de proceder á la formación social del hombre.

Tal es el original programa de Rousseau: establece así en la educación tres compartimentos superpuestos, tres pisos; y puede preguntarse cómo, después de esta escisión ficticia del individuo, los tres trozos de la persona humana podrían unirse y asociarse para reconstituir la unidad completamente natural que forman el cuerpo y el espíritu.

Y sin embargo, como siempre, hay una parte de observación justa y verdadera en la arbitraria teoría de Rousseau. Tiene razón en querer que se tengan en cuenta los caracteres propios de cada edad de la vida, y que, por ejemplo, se trate al niño, no como un hombre, sino como un niño. «Tratad vuestro discípulo según su edad. Los más sabios, dice,—y él trata evidentemente de designar á Locke,—se prendan de lo que importa saber á los hombres, sin considerar lo que los niños se hallan en estado de aprender». Y también: «Dejemos madurar á la infancia en el niño. A menudo hemos oído hablar de un hombre hecho: consideremos, en fin, un «niño hecho».

En este punto, Rousseau no está de acuerdo con algunos de nuestros educadores modernos, aun con aquellos que más se inspiran en él. En un libro reciente y de los más interesantes, *La educación nueva*, M. Demolins, el fundador de la «Escuela de Roches», el innovador que, con laudable celo, se esfuerza en aclimatar en Francia ciertas partes de la viril y libre educación de Inglaterra, formula una opinión contraria. Según él, nunca es muy temprano para tratar al niño como hombre. «Tratados como hombres, dice, los niños llegan real y rápidamente á hombres». Y cita la anécdota de un niño de nueve años que, con mucha rapidez, en efecto,—en dos horas,—se había convertido verdaderamente en un hombre, sencillamente porque habiendo sido recibido con sus padres en una familia inglesa, las tres personas de ésta le tomaron á lo sério en el curso de su visita, y quisieron gustosamente conversar con él todo el tiempo!...

Formar hombres, «fabricarlos», como hoy se dice, es el perpétuo sueño de los educadores de todos los tiempos y de todos los países. Para llegar á ello, en cierta medida, quizá conviene tomar una vía intermedia entre las dos opiniones extremas de Demolins y Rousseau. Por una parte nunca es muy temprano para colocar al niño en la escuela del deber, y para preparar el aprendizaje de la responsabilidad personal, apelando á su razonamiento y á su reflexión—y Rousseau se engaña cuando alega las dilaciones que ya se sabe sobre esta educación de la razón. Pero por otra parte,—y aquí Rousseau triunfa,—no debe olvidarse que el niño es el niño, que no es posible exigirle que juzgue y que se conduzca como hombre libre cuando su juicio no esté formado, ni su libertad creada. Nuestros dos pedagogos, por lo demás, están en el fondo de acuerdo más de lo que podría creerse. No quieren, el uno ni el otro, una instrucción prematura que arroje al niño de golpe en los estudios abstractos, y que, según las expresiones de Goethe, tiende á hacer de él «un filósofo sutil, un sabio, y no un hombre». M. Demolins, seguramente, subscribiría á esta conclusión de Rousseau: «La educación ordinaria es mala porque hace viejos niños y jóvenes doctores». Igualmente, en lo que concierne á la educación moral, M. Demolins, que rechaza sobre todo la disciplina fundada en «el principio de autoridad», no puede sino aplaudir las exageraciones de Rousseau, puesto que éste suprime precisamente toda autoridad, y zahiere á los padres y á los maestros que nunca bastante temprano han «corregido, amonestado, mimado, amenazado, prometido, instruido, hablado á la razón».

En lo que no es permitido en manera alguna compartir en las opiniones de Rousseau, es en el retardo incomprensible que impone á la educación moral. Esto es, en otra forma, más pernicioso que el aplazamiento de la cultura intelectual. Emilio ha llegado á los quince años, y todavía no ha experimentado ningún sentimiento humano. ¿A quién ama? A nadie, salvo quizá á su preceptor, el único hombre que conoce. Su alma no está abierta á ninguna de esos afectos infantiles que preparan las virtudes sociales. ¿Por qué prodigio va repentinamente á aprender á amar á los hombres, cuando durante tan largo tiempo ha vivido en el aislamiento árido y estéril de una vida estrictamente individual? A la verdad, Rousseau es demasiado somero en la exposición de sus métodos pedagógicos. Dirá: «Emilio es ésto; Sofía es aquéllo.» Dotará á ambos de todo género de cualidades y de virtudes maravillosas; pero se olvida de decirnos cómo las han adquirido. En lo que concierne al génesis de los sentimientos afectuosos, es evidente que descuenta un resultado maravilloso que nada ha hecho él por preparar. Ha dejado el corazón de Emilio vacío durante quince años, y en un instante, se imagina poder llenarlo. ¡Qué ilusión! No se enseña á amar como se enseña á calcular. La formación de la sensibilidad social es cosa delicada y difícil. Y Rousseau complica el problema sometiendo á Emilio á las leyes del egoismo sólo. Lo mismo que Condillac, por medio de una serie de transformaciones sutiles, hace salir de la sensación primitiva las ideas más abstractas y más generales, Rousseau pretende, por medio de una metamórfósis extraña, hacer derivar del solo egoismo inicial

todos los sentimientos altruistas. El amor propio es á sus ojos el átomo único y fundamental de la sensibilidad. ¿Cómo ha podido olvidar ese otro átomo, la simpatía, que se manifiesta desde el alba de la vida, y cuyo desarrollo nunca es demasiado pronto para alentarlo y excitarlo? En la sonrisa que el recién nacido dirige á la que le amamanta y le cuida, hay algo más que la expresión de una necesidad material satisfecha: hay la respuesta instintiva del afecto naciente del niño á la ternura reflexiva de la madre. «Mientras que al niño no le afecten sino las cosas sensibles, haced que todas sus ideas se detengan en las sensaciones...» No, por el contrario, abramos la puerta bien amplia á los sentimientos, los que por lo demás no piden más que entrar. Es necesario que inmediatamente, en el niño, al cuerpo se mezcle un poco de alma.

Se sabe que, en su manía de temporización, Rousseau ha retardado hasta la adolescencia la revelación de las ideas religiosas, lo mismo que la de las ideas morales.

La razón que da es la de que el niño con su imaginación puramente sensible,—y es quizá precisamente la falta evidente de la educación negativa, la causa,—no podría formarse de Dios más que una idea supersticiosa, y se lo representaría á imágen del hombre, como un viejo con la barba blanca, como un monarca sentado en su trono.... De donde la conveniencia de esperar la edad de la razón para hablar de Dios á Emílio, á fin de que lo conciba de golpe en la sublimidad ideal de sus atributos espirituales. A lo menos, si ha diferido hasta los díez y ocho años la revelación del Ser Supremo,

Rousseau toma su desquite por el hermoso explendor que le da. Era sinceramente deista. Creía en Dios con la misma convicción que en el alma y en la vida futura: «Deseo demasiado que exista un Dios, para no creer en él....» Sin buscar la prueba en sus otros escritos, la *Profesión de fe del vicario saboyano* es una brillante demostración. Esta era en su pensamiento el trozo capital del *Emilio*. Por ella habría sacrificado todo lo demás. Es esta parte de su manuscrito la que confiaba al cuidado de sus amigos más fieles, temiendo, en las angustias perpetuas que le causaba la impresión de la obra, que sus enemigos y particularmente los Jesuitas, la hicieron desaparecer. Fué ella la causa principal de las cóleras y de la tempestad de persecusión que iban á desencadenarse contra él. Fué ella en cambio la que le valió los aplausos entusiastas, y hasta la admiración de Voltaire; puesto que es de la *Profesión de fe* que Voltaire, tan duro para con *Emilio*, quiso hablar, cuando dijo que este «romance estúpido» contiene sin embargo «cincuenta páginas dígnas de ser encuadernadas en marroquín». A la dístancia, y á pesar de la forma soberbia de presentarse y de su estilo magnífico, *la Profesión de fe* que se halla hasta cierto punto fuera de lugar en un tratado de educación, se nos presenta como una declamación enfática de un espiritualismo, vago y flotante. Por lo demás, poco importa lo que vale en sí misma, como obra filosófica. Lo que le reprochamos es que ella sea la primera palabra de religión que Rousseau haya hecho oir á su discípulo, si es cierto que quiere realmente desarrollar en él el sentimiento religioso. Que la concepción de Rousseau sea irrealizable, no vamos á dis-

cutirlo: si Emilio viviese, como todos los niños, en familia y en el mundo, sería testigo de las manifestaciones exteriores de la religión de sus padres y compatriotas, y en su curiosidad bien pronto preguntaría lo que significa todo eso: sería imposible ocultarle á Dios. Pero no es esta la cuestión: lo que interesa es saber si el método empleado por Rousseau responde á sus intenciones, si es de tal naturaleza como para asegurar el éxito. Yo lo consideraría más bien excelente para formar ateos. Emilio, que tanto tiempo ha pasado sin Dios, ¿no estaría tentado á pasarse siempre sin él? En su deseo de comunicar á su discípulo el sentimiento religioso del que él mismo estaba tan íntimamente penetrado, Rousseau habría debido darse cuenta de que aquí es también necesario un lento desarrollo, que el ateísmo provisorio de Emilio corre gran riesgo de convertirse en definitivo, tanto como su egoísmo ó su inercia intelectual.

En éste, como en muchos otros puntos, Rousseau no ha seguido su principio, que es obedecer á las leyes naturales. Y apropiándose una de sus figuras de estilo, estaría uno tentado de imaginar que la «Naturaleza», tomando la palabra, le diría más ó menos lo siguiente:

«Seguramente, oh! Rousseau, sería muy ingrata si no saludara en vos uno de los mortales que han hecho el mayor esfuerzo para restaurar mi imperio. Vos os habéis declarado mi fiel servidor. Vuestro incienso se ha encendido en mis altares. Vos habéis celebrado con un entusiasmo sincero, la vida sencilla y frugal, los placeres del campo, las costumbres inocentes, en una sociedad entregada á los gustos del lujo, á los vicios y á las complicaciones de la vida mundana. Vos habéis hecho

ver la aurora á gentes que no se levantaban sino á medio día. Vos habéis llevado al aire libre, en pleno sol, á los pequeñuelos que languidecían en la atmósfera apartada de las grandes ciudades. Vos habéis protestado contra las necesidades facticias, contra los caprichos y los artificios de la moda. Vos habéis tratado de restablecer en la humanidad la sencillez de las primeras edades.... Sed por ello elogiado.

«Pero ¿en cuántos puntos, no creyendo inspiraros sino en mí, os habéis sin embargo engañado? No me está probado que vos sepáis bien quien soy yo. Todo el mundo á vuestro alrededor habla «del misterio de la ley de naturaleza». ¿Estáis bien seguro de haber aclarado y penetrado ese misterio?

«¿Qué soy á vuestros ojos? «El conjunto, decís, de las tendencias instintivas de la humanidad antes que la opinión las haya alterado». Olvidáis que soy yo quien ha hecho en parte «la opinión»; que la sociedad es mi obra, que yo la he fundado, que yo entro por mucho en su organización. Parece que, en vuestro espíritu, yo haya permanecido cristalizándome en mi inmovilidad, siendo la naturaleza primitiva y salvaje de los primeros tiempos del mundo. No, yo no soy una fuerza inmóvil é invariable. Adelanto, marcho con el progreso. Alguien que no os ama, pero que tiene mucho ingenio, ha dicho chistosamente que hacéis retrogradar la humanidad hasta la época bárbara en que los hombres caminaban en cuatro patas y no se alimentaban sino con bellotas.... Os concedo que Voltaire exagere; pero aún así mismo, ensalzando los beneficios de la ignorancia, maldiciendo las artes y las letras y todas las obras de la civilización, no habéis dado motivo á esa burla?

«Vos exigís aturdidamente que se haga tabla rasa de todo lo que nuestros antepasados han instituído, cuando soy yo quien á menudo ha dictado esas instituciones y esas costumbres. Vos queréis, en la educación, tomar en todo el contrapié de la costumbre, pero ¿no véis que «la costumbre» que condenáis en block no habría podido subsistir de siglo en siglo, si en parte no hubiera estado de acuerdo con las leyes á que yo presido?

«No querría entrar en el detalle de vuestros errores, pero he aquí uno. Tenéis razón de no enseñar á vuestro querido Emilio más que la religión natural, que es la única que yo pueda confesar. Tenéis razón, saludando detrás de mí á la Providencia, mi creadora, en oponer á las vanas y superficiales formas del culto, el sentimiento interno y profundo de la conciencia.... Pero ¿por qué, en esta educación religiosa, no os habéis conformado á la marcha misma de la humanidad la que, guiada por mí, ha pasado de las supersticiones primitivas y de las medias claridades de las teologías posteriores, á la luz más completa de la razón pura? Vuestro predecesor Fénelon, que me ha complacido, también él, por el esfuerzo que ha hecho para aproximárseme, ha sido más sabio; y, si es cierto que los hombres deben permanecer creyentes, comprendió que el único medio de asegurar su fe, era poner desde muy temprano los fundamentos en el espíritu del niño, presentándole desde luego, como yo lo he hecho para con la humanidad, ideas sensibles de Dios, ideas imperfectas y confusas, de las cuales la razón, á medida que se desarrolle, disipará poco á poco las imágenes supersticiosas, para hacer aparecer, tanto como lo permita la debilidad humana, la concepción pura y racional de Aquél que me ha creado....

«Para decirlo todo, oh! Rousseau, vuestro gran error, el defecto principal que se os reprochará en los siglos venideros,—porque yo preveo el porvenir,—es el de no haber creído en el progreso; es el de no haber sospechado la gran ley de la evolución perpetua de las cosas. Vos habéis ignorado mi verdadero carácter, que es estar incesantemente en movimiento. La palabra «progreso» aparece á menudo en vuestra pluma, pero siempre la tomais en mal sentido. Es para vos, ó poco falta, sinónimo de decadencia y de corrupción.... Vuestros sucesores considerarán por el contrario el progreso como mi ley suprema, como mi principio esencial, como la razón de ser de la humanidad y del mundo. Comprenderán que la naturaleza no se hace en un día, que las adquisiciones sucesivas de la herencia hacen parte integrante de mi esencia, que no pierdo mi carácter convirtiéndome en el progreso.

«Pero que vuestros errores sean perdonados, porque me habéis amado mucho. Otros vendrán después de vos que también creerán haberme definido. También ellos quizá se engañarán: porque no soy tan sencilla como lo créeis; soy infinitamente compleja, y continúo siendo el enigma indescifrable, inescrutable en sus designios, que los hombres quizá jamás llegarán á descifrar...»

IV

Por sus utopías, aún por las que están en contradicción con la naturaleza cuyo patrocinio invocaba, Rousseau ha prestado un servicio á la ciencia y al arte

de la educación. «Sus mismos errores, ha dicho el P. Girard, son avisos saludables». Sacudiendo violentamente las costumbres tradicionales, despertó los espíritus adormecidos en la rutina, y por los desvaríos de su fantasía, sugirió, preparó soluciones justas y prácticas.

Pero el *Emilio* encierra también, y en gran número, sobre las diversas partes de la educación, vistas generales y verdades de detalle que pueden aceptarse de corrida, casi sin retoques, todo un conjunto de flores que no cesarán de abrirse en el jardin de la educación. ¿Cuántas palabras elocuentes, salidas del *Emilio*, suenan siempre en nuestros oídos? ¿Cuántas máximas que eran nuevas en 1762, y que, hechas hoy casi triviales, forman la moneda corriente de nuestra pedagogía? ¿De cuántas otras, sin razón descuidadas no debemos aprovechar?

Es ocioso hoy recomendar la educación física. Y Rousseau no es el primero en los tiempos modernos que, por una vuelta á las costumbres antíguas, invitara á la juventud á los ejercicios del cuerpo. Diez años antes, Turgot escribía: «Hemos olvidado sobre todo que es una parte de la educación formar el cuerpo». Rousseau, sobre este capítulo, remite á su lector á Montaigne y á Locke, y también hubiéra podido remitirlo á Rabelais. No le elogiamos menos el haber insistido con fuerza á su vez, sobre prescripciones con más frecuencia recomendadas que practicadas. Agradezcámosle el haber entrado, como lo ha hecho, en la minuciosidad de los detalles sobre el vestido, sobre la duración del sueño, sobre el alimento, abriendo así el camino á los higienistas de la infancia.

Emilio debe esforzarse en «unir á la razón de un

sabio el vigor de un atleta». Es necesario que piense como un filósofo y que trabaje como un campesino. El ejercicio del cuerpo no perjudica á las operaciones del espíritu. Las dos acciones deben marchar de concierto. Los «sports» no estaban todavía de moda, en tiempo de Rousseau, y no se podría quererle mal, cuando ha profetizado la Revolución Francesa, de no haber predicho igualmente el triunfo del «foot-ball». A lo ménos recomienda la natación, que todo el mundo puede aprender. La equitación está descartada, por demasiado costosa. Sin embargo, á los veinte años, Emilio montará á caballo, sin perjuicio de largos paseos pedestres. Rousseau que había atravesado la Francia á pie, de Paris á Lyon, no podía menos que recomendar los ejercicios de marcha. Pero Rousseau se preocupa sobre todo del pequeñuelo. Aún antes de que sepa andar, se le conducirá diariamente á los campos, á los prados, para recrear se, para correr asi que pueda. Basta ya de una educación muelle y encerrada, propia para hacer «letrados sin músculos». Lo que importa ante todo es la salud, es la fuerza física. Rousseau ha vuelto sobre este asunto en sus *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*. Pide allí que se establezcan en todas las escuelas gimnasios para los ejercicios corporales. «Es, dice, el artículo más importante de la educación, no solamente para formar temperamentos robustos, pero más aún para el fin moral . . . »

En efecto. no es únicamente por preocupación higiénica, ni para fortificar el cuerpo, que propone Rousseau su plan de educación en la campaña, con la plena libertad de los movimientos, las carreras al aire libre y

los alegres juegos: vé en los ejercicios físicos un medio de desarrollar las fuerzas morales, un preludio de la educación del valor y de las virtudes del carácter. Recuerdos de la vida espartana ó de la doctrina estoica parece que inspiran á Rousseau. Su Emilio es educado con rigidez; se le habitúa al frío y al calor; se le acostumbra á las privaciones. No se accede á ninguno de sus caprichos, suponiendo que pueda tenerlos el alumno de la naturaleza. Si se le acuerda lo que pide, no es porque él lo pída, es porque se sabe que realmente lo necesita. Y Rousseau, que hace poco volvía juiciosamente de la paradoja al sentido común, pasa ahora por un movimiento inverso, y con la misma facilidad, de la prescripción equitativa y justa á la exageración ridícula y absurda. Emilio andará con los pies descalzos; circulará en la obscuridad sin bugía, sin luz. Tal vez aprenderá así á no tener miedo en las tinieblas, pero no se pondrá en riesgo de romperse la cabeza, no pareciendo suficientes «los ojos que tiene en la punta de los dedos» para garantirle de un mal paso ó de una caida? Dejemos estas excentridades en que se pierde el genio de Rousseau; y hagamos constar solamente que se ha anticipado á todos aquellos que, en nuestros días, reclaman una educación activa y varonil, la que prepara hombres vigorosos, hábiles de miembros, capaces de exponer su vida, no estando impedidos de prestar á los demás como á si mismos servicios prácticos, verdaderamente armados para la vida, para sus ocupaciones materiales tanto como para sus dificultades y sus pruebas morales.

Sería equivocarse sobre las intenciones de Rousseau considerar solamente del punto de vista utilitario su fa-

mosa teoría sobre la necesidad del aprendizaje de un oficio manual. En éste ha visto, seguramente, un recurso, un medio más seguro de ganar el pan para los días posibles de adversidad y de ruina. Una idea de previsión para el rico que, reducido de pronto á la miseria, estuviera obligado á ganar su vida, no es extraña al plan de Rousseau. «Nos aproximamos al siglo de las revoluciones. ¿Quién puede responderos de lo que seréis entonces?» Pero si hace de Emilio un carpintero, y no un carpintero de chanza, un verdadero obrero, que frecuentará el taller y que no se dejará distraer de sus ocupaciones aún por la visita de su novia,—son todavía otros móviles que le guían: quiere rehabilitar el trabajo y, particularmente, el trabajo manual. «Rico ó pobre, cualquiera que no trabaje es un bribón». Tiene también la preocupación pedagógica de que en el hombre no es únicamente la cabeza, el cerebro lo que es necesario ejercitar como si el cerebro fuera todo el hombre; que debemos saber hacer uso de nuestras manos tan bien como de nuestro razonamiento; que, en fin, el trabajo manual es bueno para todo el mundo, porque desarrolla la habilidad física, la resistencia, el esfuerzo y los conocimientos prácticos. Rousseau hubiera aplaudido estas palabras recientes de M. Jules Lemaître: «El tiempo de nuestros colegiales, que lo pierden dos veces, puesto que lo pasan en no aprender una lengua muerta que, habiéndola aprendido, les sería poco más que inútil, hubiera sido mejor empleado, no digo en el estudio de las lenguas vivas, de las ciencias naturales, de la geografía,—esto es demasiado evidente,—sino en el juego, en la gimnasia, en la carpintería. . . » Sobre todo se encantaría al ver

cuán favorecido está en algunas escuelas de nuestro tiempo el trabajo manual al que él dió la preferencia; en Inglaterra, por ejemplo, en ese colegio de Bedales, prototipo de la escuela de Roches del señor Demolins, donde á las ocupaciones de la jardinería, á los trabajos de la granja, suceden los ejercicios de carpintería. Se ve allí fabricar á los alumnos con verdadero entusiasmo cajas, casillas, estantes de biblioteca, donde colocan enseguida los libros que han encuadernado con sus propias manos.

Con la educación del cuerpo se relaciona inmediatamente la de los sentidos. «No tenemos solo brazos y piernas, tenemos también ojos y orejas». Aquí también Rousseau es un guía excelente. Pestalozzi y todos los promotores del método intuitivo, todos los preconizadores de las lecciones de cosas no serán sino sus discípulos. La educación de los sentidos es la condición de todo el resto. Se ha comparado á veces Rousseau con Descartes. Hubiera sido el «Descartes de la sensibilidad» sucediendo al del entendimiento. Es más exacto aproximarlo á Condillac, á quien él clasificaba «entre los mejores razonadores y los más profundos metafísicos de su siglo». Como el autor del *Tratado de las sensaciones*, acepta la máxima: «Todo lo que entra en el entendimiento llega á él por los sentidos». Los sentidos son «las primeras facultades que se forman en nosotros: son, pues, las primeras que se deben cultivar». A este cultivo consagra Rousseau los doce años de la infancia, satisfecho sí, «después de este largo viaje á través de las sensaciones hasta los confines de la razón pueril», ha conseguido hacer de Emilio un ser sensitivo que sepa ver, escuchar,

tocar, apreciar las distancias, comparar masas, pesos... Aquí hay un cerezo muy alto. ¿Cómo haremos para coger cerezas? La escalera de la huerta vecina serviría para eso? He aquí un arroyo muy ancho: bastará para cruzarlo una de las tablas colocadas en el patio? . . .

Emilio, que más tarde manejará diestramente el cepillo, es hábil desde temprano en servirse de sus dedos. Rousseau, que nada nos dice de cómo le ha enseñado á escribir, teniendo vergüenza, dice, de ocuparse de esas nimiedades,—y sin embargo la naturaleza no enseña la ortografía,—se interesa mucho en el estudio del dibujo: «Los niños, grandes imitadores, tratan todos de dibujar». Lo que Rousseau aprecia en todos esos ensayos, es menos, por otra parte, el arte del dibujo en sí mismo, como el provecho que de él sacará la educación de los sentidos y de los órganos del cuerpo. La práctica del dibujo hace al ojo más justo, la mano más ágil. Se entiende que el niño solo dibujará del natural; no imitará imitaciones; no tendrá otros modelos que los objetos. Agreguemos que carece de toda idea de belleza toda esta primera iniciación en la representación material de las cosas. Rousseau no piensa en hacer un artista, no, sino un geómetra á lo más; y, si recomienda el dibujo, no es tanto para que Emilio imite los objetos como para que los conozca.

Las sensaciones preparan las ideas. Percibiendo claramente los objetos, Emilio se ejercita poco á poco en juzgar, es decir, en discernir las relaciones. Pero sus primeros juicios serán rigurosamente confinados al dominio de los conocimientos sensibles. Es necesario que la enseñanza le venga de las cosas mismas, no

de las palabras. «No ocupéis al niño con discursos que no pueda entender. Nada de descripciones, nada de elocuencia, nada de figuras. Contentaos con presentarle á tiempo los objetos. Transformemos nuestras sensaciones en ideas, pero no saltemos en seguida de los objetos sensibles á los objetos intelectuales. Turgot había dicho ya: «Quiero que las ideas abstractas y generales lleguen á los niños como llegan á los hombres, por grados, y elevándose desde las ideas sensibles hasta ellas. Procedamos siempre lentamente de idea sensible en idea sensible. En general, no sustituyamos jamás el signo á la cosa sino cuando nos es imposible mostrarla. No amo las explicaciones y los discursos. Las cosas! las cosas! Nunca repetiré bastante que atribuimos demasiado poder á las palabras; con nuestra educación charlatana no hacemos más que charlatanes. . . . »

Llega, sin embargo, un momento en que es necesario resignarse á emplear las palabras y las ideas abstractas, á estudiar algo más que los objetos sensibles. En la elección de los estudios que propone á Emilio, Rousseau obedece á un principio, á un criterio único, el de la utilidad. Este gran soñador es un utilitario. En verdad, su programa es corto: está destinado para desagrado de los que reclaman para el joven la educación integral, el saber universal. Pero, en sus tendencias prácticas, inaugura, con algunos vacíos, los programas de la instrucción realista que llegará á imponer cada vez más á las generaciones nuevas. Rousseau podría ser muy bien el padre de esa enseñanza que nuestros contemporáneos se esfuerzan, no sin vacilaciones, en establecer y organizar bajo el hermoso título de enseñanza mo-

derna. El nombre está hallado; dista mucho todavía de haberse realizado la cosa.

En todo caso, el fin queda de hoy en más definido. Se impone la verdad de que la educación intelectual debe ser una preparación directa para la vida, y que el sistema en uso, es en parte malo, que está condenado á desaparecer, porque entre los estudios demasiado especulativos que inflige á la juventud y las realidades de la existencia, entre la vida del escolar y el destino del hombre, hay un profundo desacuerdo, lo que llamaba Taine una «disconveniencia». Ya decía Gœthe, además, cincuenta años después de Rousseau: «Tantos conocimientos teóricos, tanta ciencia, ahí está lo que agota á nuestros jóvenes en lo físico y en lo moral. Les falta esa energía física y moral de que necesitarían para hacer una entrada conveniente en el mundo. . . »

Rousseau no emplea otro lenguaje. De la energía física se ha visto que ha querido dotarlo á Emilio. De la energía moral, no se preocupa menos. Este filósofo, á quien se creía perdido en el país de las quimeras, os dirá: «Cuando veo que, en la edad de mayor actividad, se reduce á los jóvenes á estudios puramente especulativos, y que luego, sin la menor experiencia, se les arroja en el mundo y en los negocios, considero que no se ofende menos al mundo que á la naturaleza; y no me quedo sorprendido de que tan pocas personas sepan conducirse. Por qué extraña idea se obstinan en enseñarnos tantas cosas inútiles, mientras que el «arte de obrar» no se tiene en cuenta para nada? Se pretende formarnos para la sociedad, y se nos instruye como si cada uno de nosotros debiera pasar su vida pensando, solo, en una celda. . . »

«El arte de obrar», ¿no es esta la palabra de orden de la educación del porvenir? Rousseau tiene el mérito de haberla pronunciado, si no ha tenido el talento de combinar los medios que pueden realizar el efecto. Habría deseos de responderle que no es educando en la soledad á Emilio, «como si debiera pasar su vida en pensar solo», en los campos, como se adapta un adolescente á la vida real de la humanidad. Pero ¿qué importa una incoherencia de más? Por lo menos Rousseau ha comprendido que había que aligerar la instrucción de toda la superfluidad de los estudios de lujo. No lo hace sin exceso, por otra parte. Cómo no reprocharle su desprecio por los viejos estudios clásicos, y principalmente por las lenguas antiguas, de las que se atreve á decir que son «una inutilidad en la educación». Ha desconocido demasiado, como educador, las fuentes literarias donde como pensador y como escritor, había bebido para formar su genio. Los literatos protestarán, no sin razón, contra tan culpable infidelidad, pero todos los hombres de buen sentido le alabarán por haber hecho comprender que el fin de la educación no es acumular en la memoria conocimientos estériles; que es formar la inteligencia por una iniciación discreta en una elección moderada de los estudios útiles, prefiriendo á los conocimientos que no son más que vano adorno del espíritu, aquellos que lo nutren, y que de antemano lo ejercitan en la acción.

Emilio tiene quince años: sus cortos estudios han terminado. No ha aprendido gran cosa; pero, y este es el gran punto, se encuentra apto para aprenderlo todo. No le tomemos por un sabio: no debe serlo; pero tiene el gusto de la ciencia. Su curiosidad natural se ha ex-

citado. Según el término que Rousseau toma de Montaigne, es, sino instruído, á lo menos «instruible». Ningún prejuicio ha falseado su espíritu ni alterado la exactitud de su juicio. No sabe nada por autoridad: todo lo ha aprendido por sí mismo. Se le ha enseñado menos las verdades que el método para descubrirlas. Se le ha dicho: «Busca», y ha encontrado. Y continuará así toda su vida, sobre la ruta de la ciencia que se le ha mostrado «larga, inmensa, lenta en recorrer».

En los métodos de instrucción de Rousseau, distinguimos dos tendencias excelentes: primero que, para saber bien lo que se aprende, se necesita un esfuerzo personal, una investigación, una especie de descubrimiento original, y no simplemente un trabajo de memoria y de adquisición maquinal; en segundo lugar, que lo que más importa no es el saber adquirido al final de los estudios, el ligero bagaje de conocimientos sobre el cual uno se duerme con demasiada frecuencia á la salida del colegio; es el deseo de extender sus conocimientos y la aptitud para adquirir nuevos. Los redactores de los programas sobrecargados y enciclopédicos de nuestra enseñanza, antes de comenzar sus deliberaciones, de donde sale casi siempre un nuevo recargo, aún cuando están á la orden del día proyectos de reducción, deberían meditar bien y releer este hermoso pasaje del *Emilio*: «Cuando veo á un hombre prendado del amor de los conocimientos dejarse seducir por su encanto, y correr de uno á otro sin saber detenerse, creo ver á un niño en la orilla de un río, juntando conchillas, comenzando por sobrecargarse; después, tentado por las que todavía ve, arrojarlas, volver á tomarlas, hasta que, abrumado por su multitud

y no sabiendo ya cuáles elegir, concluye por tirarlas todas y vuelve vacío». ¿No es esta la imagen muy ingeniosa y muy exacta de lo que es á menudo el escolar moderno, extenuado bajo el fardo de conocimientos vanos, empachado con nociones de toda especie, disgustado por estudios fastidiosos, y finalmente saliendo del colegio con las manos casi vacías? Rousseau se adhiere aquí á la gran tradición de la pedagogía francesa, tradición demasiadas veces violadas en nuestros planes de estudios, la que quiere, como decía Nicole, «que las ciencias no sirvan sino como un instrumento, para formar la razón»; lo que, bien entendido, no se aplica á las ciencias sino en tanto que desempeñan un papel en esa cultura general, que es el fin de la instrucción secundaria.

Si examinamos ahora en detalle el programa de los estudios utilitarios que Rousseau propone á Emilio, experimentaremos más de una sorpresa, sea á propósito de lo que en ellos admite, sea por lo que elimina. Rousseau es el más desconcertante, el más falaz de los educadores. Así proscribirá el estudio de la historia, y es esta una de sus paradojas que más impacientan. Por lo demás, en esto es lógico consigo mismo. Puesto que se debe «separar á Emilio de los humanos», ¿cómo no prohibirle el conocimiento de los que han muerto, lo mismo que el contacto con los que viven? La historia es el gran agente del desarrollo de la conciencia social; y bien, en su primera educación, Emilio no es más que un individualista, un perfecto egoísta, que no tiene sentimientos sociales. Por lo demás, se conoce el argumento particular que Rousseau invocaba y hacía valer para legitimar la

exclusión de la historia: la imposibilidad para el niño de comprenderla. La historia le será tan inaccesible como la idea filosófica de Dios: como si no hubiera una historia para los niños, la de las descripciones y narraciones, la de la biografía de los grandes hombres. Felizmente, respecto á la cuestión de la historia como á tantas otras, Rousseau se ha contradicho, y para enmendar sus errores, ó corregir sus paradojas voluntarias á medias, basta acudir de Rousseau á Rousseau. El legislador del gobierno de Polonia no habla absolutamente como el teorizador de *Emilio*. Lejos de condenar el estudio de la historia abusará más bien de él.

En una frase, que por su movimiento recuerda aquella en que Rabelais preconiza el estudio de las ciencias naturales, aquella en que Gargantua dice á su hijo: «Quiero que no haya mar, río, ni fuente, cuyos pescados no conozcas; todos los pájaros del aire, todos los árboles, arbustos de las florestas, todas las hierbas de la tierra.... » Rousseau dice igualmente: «Quiero que al aprender á leer el joven polaco lea las cosas de su país; que á los diez años conozca todas las producciones, á los doce todas las provincias, todos los caminos, todas las ciudades, que á los quince conozca toda la historia, á los diez y seis todas las leyes; que no haya en toda la Polonia una hermosa acción, ni un hombre ilustre, de los que no tenga llena la memoria y el corazón». No se podría mejor preparar la educación del pequeño ciudadano, del futuro patriota. Observemos, no obstante, que en su retractación, Rousseau no llega hasta el fin: no habla más que de la historia nacional; la historia general de la humanidad no le interesa y queda como letra muerta para su alumno.

Privado del conocimiento del mundo moral, Emilio en desquite se alimentará con el conocimiento del mundo material. El estudio de la naturaleza debe primar sobre lo demás. ¿No es esto lo que piensan hoy los educadores de los Estados Unidos, que en tanta estimación tienen á la ciencia de las realidades naturales?

Lo que asombra, es que, en su programa, Rousseau inscribe en primer rango á la astronomía. Esta es la que Augusto Comte mencionará, también, la primera, en su catálogo de las ciencias y en su plan de educación positiva. Es permitido preguntarse por qué. No es la utilidad lo que puede recomendarla. Emilio viajará, pero no está destinado á navegar, y no se ve absolutamente que el conocimiento de las constelaciones y de los astros pueda jamás servirle. Es verosímil que lo que ha determinado á Rousseau, es que la astronomía, la astronomía física, á lo menos, es una de las ciencias que mejor se presta á la aplicación de su método favorito, el método de la observación sensible y directa de las cosas. Emilio, que no sabe lo que es una sala de estudios, ó un gabinete de trabajo, estudia al aire libre; contempla los grandes espectáculos de la naturaleza; reflexiona en presencia del cielo estrellado.

Es en virtud del mismo principio que á la astronomia suceden las ciencias físicas y la geografía: siempre los estudios sensibles y concretos, aquellos en que la abstracción tiene la menor parte. La geografía, Emilio la aprenderá sin mapas, en sus paseos, ante los objetos mismos. ¿Por qué todas estas representaciones?....

Recuerdo haber visto en alguna parte una geografía que comenzaba así: «¿Qué es el mundo?—Es un globo

de carton .... » Para evitar esas ilusiones, no hay otro medio que presentar al niño, no la figura artificial de las cosas, sino las cosas mismas. Conocimientos elementales de astronomía, de física, de geografía, esto será más ó menos todo hasta los quince años. ¿Ha aprendido Emilio la gramática? De ningún otro modo que por el uso de la lengua materna, y oyendo hablar á su ayo: «Hablad siempre correctamente delante de él.» En todo caso, á esa edad, no sabe nada todavía de la literatura, sea antigua, sea moderna. Poetas, prosadores de todo orden le son tan desconocidos como los historiadores. Rousseau, antes de Condorcet y tantos otros, es ya un adepto de la educación científica; pero, en la ciencia misma, aparta todo lo que es especulación pura y generalidad abstracta. Reconoce que hay una cadena de verdades generales por la cual todas las ciencias se sugetan á principios comunes y se desarrollan sucesivamente. Más, «no es de esta de la que se trata» en la formación del espíritu. «Hay una enteramente diferente, por la cual un objeto particular atrae á otro y muestra siempre al que le sigue. Este orden que mantiene por medio de una curiosidad continua la atención que exigen todos los objetos es el que siguen la mayor parte de los hombres, y sobretodo el que conviene á los niños.» Así en el estudio de la física, se arreglará de manera que todas las experiencias se enlacen una con otra por una especie de deducción, á fin que con ayuda de esa unión puedan los niños colocarlas por orden en su espíritu y recordarlas cuando lo necesiten. Pero no se trata en todo esto más que de un orden material establecido entre verda-

des sensibles. Rousseau subordina á los sentidos el razonamiento y el encadenamiento de las ideas. Y es por esta razón sin duda, que las matemáticas no figuran en el programa de Rousseau. Emilio á quien prohibe leer las *Fábulas* de La Fontaine, so pretexto de que no las comprendería, parece no haber aprendido tampoco las reglas de la aritmética....

Decididamente su educación es insuficiente y limitada. Rousseau no ha conocido ese santo horror de la ignorancia que caracterizará á los educadores del porvenir: «La ignorancia, dice, nunca ha hecho mal; solo el error es el que es pernicioso.» La educación tiene mucho más importancia que la instrucción. «Nos gusta más que los hombres sean buenos y no sabios.»

Rousseau está más felizmente inspirado en la educación de la voluntad que en la del espíritu. A pesar de las apariencias, y á pesar de la presencia continua de un tutor cuyos cuidados no parecen completamente favorables al desarrollo de la individualidad, es sin duda en la libertad que se ha educado Emilio. No olvidamos ciertamente, que lo que más le ha faltado á Rousseau, es el carácter, es la energía. Jamás supo vencer una tentación «Obrar contra mi inclinación me ha sido siempre imposible». Toda la vida, ha sido el juguete de las circunstancias, la víctima de sus pasiones. Pero no por esto estaba menos dispuesto para desear á Emilio una educación mejor que la que él había tenido, una educación que acostumbra al niño á conducirse con sus propias fuerzas, para decirlo todo una educación de «self-government»: «Hay que dejar al niño entregado á sí mismo, para el cuerpo como para el espíritu. El bienestar de la libertad compensa muchas heridas».

Al emancipar al niño, Rousseau se propone primero hacerlo feliz, feliz en seguida; pues el pobre niño puede morir joven, y es preciso que no muera sin haber gustado de la vida. Así la felicidad del niño, como la del hombre, consiste en el uso de la libertad. Rousseau ha amado sinceramente á la infancia. En todo lo bueno que ha recomendado sobre los cuidados que hay que dar á la primera edad, se descubre una inspiración de ternura casi desconocida hasta á él, un vivo sentimiento de piedad por esas débiles criaturas que se trata ante todo de hacer vivir! Cuántas cosas delicadas no ha escrito sobre el niño! ¡Cuántos tesoros de afecto jamás empleados poseía este padre culpable! «La naturaleza ha hecho los niños para ser amados y socorridos... ¿No parece que el niño muestra una fisonomía dulce y un aire tan tierno, únicamente para que todo el que se le aproxime se interese en su debilidad y se apresure á ayudarlo?» Los maestros de todos los tiempos tendrán que inspirarse en consejos como estos: «Si no abrís vuestro corazón, permacerá cerrado para vosotros el de los demás. Son vuestros cuidados, son vuestros afectos los que es necesario dar.»

Pero más allá del presente del niño, y de la dicha de vivir que le quiere garantir en seguida, Rousseau ha considerado también el porvenir, y las necesidades de la vida social. Por la independencia que le concede, y esto desde la cuna, cuando suprime la prisión de la faja; como más tarde, en los años de la adolescencia, cuando hace la guerra á las prohibiciones ó á las observaciones verbales, á fin de colocar en lugar de estos la sola instrucción de los hechos y las lecciones vivas del ejemplo:

—«El ejemplo, el ejemplo, sin esto no se logra nada con los niños»;—en fin, cuando hace un llamado á todo lo que hay de espontáneo en la inteligencia, de personal en la voluntad de su discípulo, es evidente que quiere formar así hombres más fuertes físicam nte, más vigorosos moralmente, más dueños de sus acciones, de lo que estaban preparados para serlo, en la severidad de su vida enclaustrada, los escolares de los colegios del antiguo régimen, y aun de lo que son hoy mismo, á pesar de tantos progresos realizados, los estudiantes de nuestros liceos modernos.

Observad ante todo que la educación de Emilio, no es una educación de complacencia y de molicie enervante: se le somete más bien á un régimen austero. Su habitación no se diferencia de la de un paísano. Y si Rousseau ha hecho brillar en su vida un rayo de alegría por la libertad que le ha acordado, quiere también que el niño sepa sufrir. Emilio saldrá del sufrimiento más fuerte. Sufrir es la primera cosa que debe aprender. Así, se le habrá armado de antemano contra los males que le reserva la existencia. Pero habrá aprendido también á compadecer los males de los demás.

L'homme est un apprenti, la douleur est son maître.

Antes de Musset, Rousseau había dicho en su hermosa prosa: «El hombre que no conociera el dolor no conocería ni el enternecimiento de la humanidad, ni la dulzura de la conmiseración».

A pesar de la especie de secuestro antisocial que Rousseau ha impuesto á Emilio durante quince años, no hay que imaginar que haya renunciado á hacer de él

algo más tarde un ser sensible y amante. Aún de niño, hay que mostrarle «los desgraciados de este mundo». El espíritu de fraternidad desborda en el alma generosa de Rousseau: «Declaraos francamente el protector de los desgraciados. Séd justos, humanos, benéficos. No hagais solamente la limosna, haced la caridad». Rousseau tiende la mano á los socialistas modernos. Notad, por ejemplo, esta reflexión tan atrevida: «Cuando los pobres han querido que hubiera ricos, los ricos han prometido mantener á todos aquellos que no tuvieran de que vivir, ni por sus bienes ni por su trabajo». Llegado á la edad de hombre, Emilio emplea una parte de su tiempo en hacer bien á su alrededor. Enamorado, no se deja absorber absolutamente por el único pensamiento de Sofía. Interrumpe sus amores de novio para obrar como verdadero filántropo. Recorre la campaña; examina las tierras, sus producciones, su cultivo; trabaja él mismo en ocasiones. Utiliza en provecho de los cultivadores sus conocimientos de historia natural; les enseña métodos mejores. Visita las casas de los paisanos; y, después de haberse enterado de sus necesidades, les ayuda con su persona y su dinero. ¿Ha caído enfermo un aldeano? Le hace cuidar; él mismo le cuida. Medicina poco complicada por otra parte, tal como podía admitirla un enemigo de los médicos, y que consistirá sobre todo en un alimento más substancioso. Asocia á su futura esposa á esas obras de bondad; condúcela á la casa de la gente pobre, á la de un obrero que se ha quebrado la pierna y cuya mujer está á punto de dar á luz. Y «con su mano suave y ligera» Sofía cura al herido: ella le sirve, le compadece, le consuela.

Rousseau era del pueblo por nacimiento y por sus orígenes. Continuó siéndolo por la sencillez de sus gustos, viviendo como un obrero, gustando frecuentar los humildes, bien aunque no haya desdeñado, á sus horas, los obsequios de los grandes señores, y que no haya sido insensible á las caricias de las grandes damas. ¿Es decir que, en sus proyectos de educación, haya trabajado directamente para el pueblo y por la instrucción del pueblo? Nó. Emilio, si no es gentilhombre como el alumno de Locke, es á lo menos un pequeño burgués, rico y de buena estirpe. Pero por el hecho de haber eliminado las lenguas antiguas y todos los estudios costosos, de haber reemplazado la educación «libresca» por el cultivo simple y natural de las aptitudes que toda criatura humana trae al llegar á este mundo, Rousseau ha sugerido la idea de la emancipación universal de las inteligencias; ha inspirado la idea democrática de la generalización de la instrucción. No quería la escuela «etiquetera» de los ricos, de eso que él llamaba también la educación «exclusiva», que tiende solamente á distinguir del pueblo á los que la han recibido. Además, siendo el fin hacer, no sabios, sino hombres, el pobre, á decir verdad, «no tendría necesidad de educación». Emancipado, en su vida de trabajo, de todas las convenciones mundanas, sometido solo á las leyes de la naturaleza «un pobre puede por sí mismo llegar á ser un hombre».

Rousseau,—y se le ha reprochado severamente—ha querido formar, no el hombre de tal ó cual condición, de una profesión determinada, sino solamente al hombre. Ha pensado demasiado, dice Taine, en «el hombre en sí», poco en el hombre real, tal como lo hacen las circuns-

tancias de tiempo y de lugar, y tal como la educación debe educarle para apropiarle á su destino. «Que se destine á mi alumno á la espada, al foro, á la Iglesia, poco me importa: antes de la vocación de los padres, la naturaleza le llama á la vida humana: vivir es el oficio que quiero enseñarle. Al salir de mis manos, no será convengo en ello, ni magistrado; ni soldado, ni sacerdote: será primeramente hombre. Todo lo que un hombre debe ser, él lo sabrá ser». Alabemos á Rousseau por haber recordado, al hombre que tiene un destino personal que ante todo debe, si lo puede, establecer y afirmar en él los principios de la dignidad humana. Pero reprobémosle el haberse acantonado en lo absoluto, sin preocuparse de las contingencias, de las condiciones relativas, que quieren que en el tronco común el individuo ingerte la rama de los conocimientos especiales, los que exige para cumplirla dignamente, la función que le espera en la vida. No ha reflexionado suficientemente en esta verdad, que se impone de más en más, que la educación deberá diversificarse, especializarse bajo veinte formas, para conformarse á la variedad de las exigencias del trabajo social, no menos que para responder á la multiplicidad de las aptitudes individuales. Rousseau ha cometido un error análogo al de los educadores religiosos que, olvidando la vida presente y no pensando más que en la vida futura,—la única que tiene precio á sus ojos,—no aspiran sino á educar una criatura virtuosa y pura para las felicidades de la vida eterna. El filósofo de la naturaleza y de la humanidad ideal se une, sin que lo advierta, á los místicos constructores de la Ciudad de Dios. Llegado al fin de su educación «una é indivisible», Emilio será

tal vez el hombre tipo; pero no le pidáis que sea un ingeniero, un médico, un jurista. ¿Para qué servirá pues en la sociedad, ya que no aportará á ella otro conocimiento especial que el de su oficio de carpintero?

Está bien que Emilio haya aprendido un oficio manual; está bien que sea «apto para todas las condiciones humanas»; pero no perjudicaría nada que á ello uniera la preparación profesional para una de las funciones á que la sociedad llama á los hombres.

Sin embargo, por momentos se despierta en Rousseau el espíritu práctico y toma tímidamente su desquite. Después que ha casado á Emilio con Sofía, le obliga á separarse de ella para viajar en el extranjero durante dos años. Por una nueva contradicción, Rousseau que por tan largo tiempo rehusó á Emilio entrar en contacto con sus propios compatriotas, que no le introduce en el mundo hasta los veinte años, extiende ahora el círculo de sus relaciones sociales, hasta querer que se ponga en comunicación con los hombres de los demás países. Los viajes, dice, forman parte de la educación: viajes, no de placer, desde luego, sino de instrucción y de estudios, especie de «estadía escolar» en el extranjero. Es necesario que Emilio conozca el genio y las costumbres de las naciones extranjeras: ¡no valía la pena de prohibir por tanto tiempo la lectura de los libros de historia! Es cierto que los libros no valen nada. Con sus ojos es que Emilio debe ver las cosas del extranjero, como todas las cosas. Rousseau no abandona jamás el método de la observación directa. A creerle, los franceses serían, de todos los pueblos del mundo, el que viajaría más. ¿Era esto exacto en 1762? Lo dudamos. Es

de sentir, en todo caso, que esto no sea verdad todavía en nuestros días. Emilio, en consecuencia, viajará. Para que en el curso de sus peregrinaciones no se distraiga y aparte de los objetos serios de sus observaciones, Rousseau ha tenido cuidado de haberle enamorado antes de su partida: cuenta con que el amor jurado á Sofía le preservará de toda disipación, le pondrá al abrigo de las pasiones y de los vicios en las grandes ciudades que visitará. Se consagrará por entero á sus observaciones, que no recaerían, por otra parte, sobre los monumentos, sobre las antigüedades, sobre los vestigios y las ruinas del pasado. Esto no tiene interés. El presente es lo que debe conocerse. Emilio no será un arqueólogo. Es á las cuestiones de gobierno, á las costumbres y á las leyes, que aplicará sobre todo su atención. Hará en el terreno estudios de política y legislación comparada. Y cuando regrese á su país natal, podrá examinar útilmente, para apreciarlas por comparación, las instituciones de la Francia. Acaso las juzgará inferiores y malas, y concebirá, por consiguiente, la ambición de contribuir á reformarlas. Acaso, por el contrario, ese cosmopolita de algunos meses se habrá convertido en un patriota más ardiente, tanto más apegado á su propia patria como que estará mejor instruido de los vicios y males que sufren las demás.

No lo dudemos, si Rousseau hubiera vivido en nuestros días, habría unido sus exhortaciones elocuentes á las de los educadores contemporáneos que incitan á los jóvenes franceses á hacerse colonizadores. No era el momento de pensar en ello, en 1762, cuando, por culpa de la monarquía, la Francia iba á ser desposeída de su magnífico imperio colonial.

El punto más importante, en los resultados de los viajes de Emilio, es que habrá aprendido en ellos «dos ó tres lenguas extranjeras». Rousseau no le ha dado mucho tiempo para eso: las dificultades de ejecuciones sabido, no le preocupan. Casi no se vé cómo Emilio, que no ha estudiado todavía ninguna lengua extranjera, viva ó muerta, podrá aprender tan rápidamente el alemán ó el inglés. ¿Qué importa? Lo esencial, es que aquí también Rousseau haya indicado el fin, que haya señalado la importancia del estudio de las lenguas vivas. Además, en el curso de sus viajes, Emilio se habrá preocupado de estrechar relaciones con extranjeros de mérito, de suerte que, vuelto á su casa, las continuará, manteniendo correspondencia con ellos. Este comercio de cartas, que se prolongará toda la vida, elevará su pensamiento y sus sentimientos sobre los prejuicios nacionales, y de él hará el ciudadano del mundo. Rousseau ha preparado así el camino á los educadores modernos que no admiten que los franceses se confinen en la beata contemplación de sí mismos, y que les invitan á mirar al exterior, mezclándose á la vida universal de la humanidad.

V

Emilio es el hombre perfecto: para que merezca unirse á él, Sofía debe ser la mujer ideal. Pero falta mucho para que Rousseau haya tenido éxito en esta segunda parte de su tarea, y la educación de la mujer, tal como nos la expone, está ciertamente peor comprendida que la del hombre.

Sin embargo, Rousseau ha escrito con un cuidado particular el quinto libro del *Emilio*, consagrado casi todo entero á la educación femenina. Lo compuso, dice, «en un éxtasis perpétuo,—era entonces huésped de la mariscala de Luxemburgo, en Montmorency,—«en medio de los bosques y de las aguas, entre el concierto de pájaros de toda especie, y el perfume de las flores de los naranjos»; y atribuye en parte «el colorido bastante fresco» de esas páginas, más poéticas que filosóficas, á las agradables impresiones que experimentaba en ese paraíso terrestre. Pero en él vivía con su Teresa:—mala compañía, mal modelo, para ayudarle en la concepción de la mujer instruida.—Frecuentaba el castillo; recibía las visitas de damas nobles y distinguidas,—mala sociedad tal vez para concebir la imagen de la mujer sencilla y fuerte, cuya imagen quería trazar.—Y el medio material mismo, la deliciosa permanencia de Mont-Louis incitaba más al ensueño que al análisis. El libro de *Sofía* no es más que un agradable idilio. El poeta, el novelista se sobrepone definitivamente. De todo cuanto Rousseau ignora, ha dicho Saint-Marc Girardin, la mujer es lo que ignora más. En todo caso, ha desconocido en ella ciertas delicadezas, la noble dignidad, la pura elevación moral. Tiene por ella más ternura, más adoración amorosa, que verdadero respeto y admiración. Hasta en las descripciones más delicadas que nos hará de su heroína, en lo físico como en lo moral, se encontrará siempre no sé qué vago apetito sensual, el recuerdo de las mujeres vulgares ó de las mundanas, coquetas y artificiosas, que había conocido y amado.

Por lo demás, Sofía no es enteramente un ser ima-

ginario. Al trazar los rasgos de su fisonomía, Rousseau declara haber tenido ante los ojos un modelo real. Sofía habría existido. Sólo el nombre sería de su invención. Muerta en la primavera de su vida, él no habría hecho más que «resucitarla», para hacer de esta «amable joven» la compañera de Emilio. Historia dramática y tocante; á los veinte años, habiendo leído el *Telémaco*, la Sofía real se habría prendado del héroe de Fénelon, y, no pudiendo hallar en el mundo un joven que se le pareciera, se moriría de amor no satisfecho, de languidez y desesperación; y Fénelon resultaría así responsable de la muerte de una joven... ¿Cómo Rousseau no ha advertido con este acontecimiento trágico de la vida real que su Sofía, también ella, á imagen de la otra, es demasiado sensible y demasiado romántica? Es cierto que por un remordimiento tardío parece haber tenido conciencia de la inutilidad de sus esfuerzos, y sublineado él mismo la insuficiencia, la ineficacia de su plan de educación femenina, cuando con una original ironía, en el *Roman des Solitaires*, nos muestra la virtuosa Sofía convertida en esposa infiel, ella que sin embargo no veía sino «miseria, abandono, desgracia, oprobio, ignominia» en la inconducta de las mujeres.

Entre la educación de Emilio y la de Sofía, hay más que un contraste, hay un abismo. Rousseau ha libertado á Emilio: ha esclavizado á Sofía. Así como se ha mostrado atrevido en sus vistas sobre la «institución» de los hombres, es tímido, atrasado y conservador en ideas sobre la educación de las mujeres. El apóstol del individualismo va á renegar de su doctrina. Subordina la mujer al hombre, hace una humilde esclava que no vale

sino en tanto que sirve para la felicidad de su marido. La encierra estrechamente en sus deberes de hija, de esposa y de madre. Si la invita elocuentemente á llenar sus obligaciones de educadora, se olvida de suministrarle, por medio de una instrucción bastante ampliamente desarrollada, los medios de desempeñar dignamente esa gran misión. En fin, parece no tener la menor idea de que la mujer, también, tiene derecho á ser una persona, que aspira legítimamente á extender sus conocimientos, á desarrollar sus facultades á fin de que con su inteligencia ilustrada, con su razón emancipada, sea verdaderamente la igual del hombre y también, la «mujer en sí».

La máxima de Rousseau, es que la mujer debe obedecer al hombre, que su existencia está, por así decirlo, condicionada á la del hombre. Escuchad estas repeticiones perpétuas que, como un refrán monótono, aparecen en todas las páginas: «Toda la educación de las mujeres debe ser relativa á los hombres ... La mujer está hecha especialmente para agradar á los hombres, serles útil, hacerse amar y honrar por ellos, educarlos de jóvenes, cuidarlos de grandes, aconsejarlos, consolarlos, hacerles la vida dulce y agradable: he ahí los deberes de las mujeres en todos los tiempos, y lo que se las debe enseñar desde su infancia... Hay que dominar todas sus fantasías para someterlas á las voluntades de otro ... La dependencia es el estado natural de la mujer ... La mujer está hecha para estar toda su vida sometida á las hombres y al juicio de los hombres... Está en el orden de la naturaleza que la mujer obedezca al hombre... Está hecha para ceder al hombre y soportar hasta su injusticia. . .»

No se trata pues de educar á Sofía para sí misma. Rousseau en el fondo no admite la igualdad de los sexos. Dirá de la mujer que es «un hombre imperfecto», que en muchos conceptos no es más que «un niño grande». Sé muy bien que Rousseau, con su inconsistencia ordinaria, se desmiente en otros pasajes: «No es necesario, dirá, sentar la cuestión de superioridad: todo se reduce á diferencias... Cada sexo tiene cualidades apropiadas á su destino, á su papel en la vida... Es tal vez una de las maravillas de la naturaleza haber hecho dos seres tan semejantes, constituyéndolos de manera tan diferente...» Pero insiste en esas diferencias: «Está demostrado que el hombre y la mujer no están constituídos del mismo modo, ni por el temperamento ni por el carácter». A fuerza de hablar de diferencias, ¿no se llega á comprometer singularmente la idea de la igualdad?

¿Cuál es pues, según Rousseau, el carácter, el temperamento propio de la mujer? Nos lo expone dos veces: primero algo rudamente en las largas páginas de filosofía general que abren el quinto libro del *Emilio* y que son una especie de bosquejo de psicología femenina; luego, con encanto muy poético, cuando, dando tregua á las consideraciones abstractas, levanta la cortina, para hacer aparecer á Sofía en su gracia y en su belleza.

La mujer es débil. Es apasionada: «Si afecta no poder soportar las más ligeras cargas, no es solamente para parecer delicada, es para procurarse excusas y el derecho de ser débil si lo necesita». Su corazón se alimenta con deseos de amor ilimitados; es cierto que, para contrabalancearlos y contenerlos, «el Ser Supremo le ha agregado el pudor». Sofía como todas las mujeres,

es coqueta por disposición. Ama el adorno, casi desde que nace. No le disgusta dejar ver «su pierna fina». Es curiosa, demasiado curiosa. Es astuta, y es necesario que lo sea, para compensar lo que le falta de fuerza. «Me decís que la pequeña Sofía es muy astuta», escribía Rousseau al príncipe de Wirtemberg, «tanto mejor!...» La astucia es un talento natural, y todo lo que es natural es «bueno y recto». Hay que cultivar pues el instinto de astucia: Rousseau conviene empero que se debe «evitar su abuso». Sofía es habladora, es imperiosa. Es golosa por naturaleza:—Rousseau olvida aquí que los instintos primitivos al decir suyo, son todos excelentes. ¿La doctrina de la bondad original no se aplicaría á la mujer tanto como al hombre? Sofía es sobria, pero ha llegado á serlo...

He ahí en cuanto á los defectos, y abreviamos. El retrato no es adulador. Veamos ahora la contraparte: el bien, las cualidades. La mujer es más dócil que el hombre. Tiene más finura. Lee más corrientemente que él en el libro del corazón humano. Su pasión dominante es la virtud. Observemos por otra parte que nunca se sabe si Rousseau quiere hablar de la mujer en general, ó de la criatura excepcional que ha personificado en Sofía. Su primera felicidad es hacer la de sus padres. Será casta y honrada hasta su último suspiro: aquí se trata evidentemente de la mujer ideal, de aquella de quien él dice: «La mujer virtuosa es casi igual á los ángeles!....»

Pero la mujer, en general, no es igual al hombre. Ser encantador que Rousseau idolatra, no deja por ello de someterla á la condición subalterna de su papel de

menor y de inferior en la familia humana. Sus cualidades naturales, buenas ó malas, hay que respetarlas. Sus defectos mismos, parece que Rousseau no quiere que se le corrijan, porque le ayudan tal vez á encantar á los hombres. La mujer debe ser mujer. Sería locura querer cultivar en ella las cualidades del hombre. Rousseau que sobre tantos otros puntos, se ha anticipado á las tendencias y novedades del espíritu moderno, no podría pasar de ningún modo por un adepto de lo que hoy se llama el «feminismo». Nada le hubiera disgustado más que la pretensión de confundir y asimilar los dos sexos en las mismas costumbres, en las mismas funciones. Modelar la educación y la vida de la mujer sobre las del hombre le hubiera parecido una aberración, una usurpación de los derechos del sexo fuerte, y en otro sentido, una profanación.

Es particularmente cuando considera Rousseau las facultades intelectuales de las mujeres que se muestra injusto con ellas. Reconoce que tienen el juicio formado desde más temprano, pero pretende que se dejan adelantar pronto. No tienen bastante precisión de espíritu y de atención para acertar en las ciencias exactas:—dicho sea al pasar, no se ve tampoco que Emilio se haya ejercitado en ellas.—Todo lo que tiende á generalizar las ideas no es de su incumbencia. Todas sus reflexiones deben tender al estudio de los hombres, ó á los conocimientos agradables que tienen por objeto el «gusto». La investigación de las verdades abstractas no les conviene. Así pues nada de mujer filósofa, nada de mujer matemática: Rousseau hubiera prohibido á otra Sofía, á Sofía Gemain, el derecho de existir. Las obras de genio exceden

de su alcance. ¿No es verdad sin embargo que, como autor de novelas, Jorge Sand, para no citar más que á ella, tiene muy bien algún genio, á lo menos tanto como Rousseau?... En una palabra, los estudios femeninos deben referirse exclusivamente á las cosas prácticas, y Rousseau repetiría con gusto después de Molière:

> Il n'est pas bien honnête, et pour beaucoup de causes,
> Qu'une femme étudie et sache tant de choses.

La instrucción de Sofía será pues, de las más limitadas. No podía ser de otro modo en un sistema que, por una parte, rebaja el destino de la mujer, que, por otra parte, deprecia su inteligencia y sus fuerzas. ¿Cómo exigirle que adquiera conocimientos que le serán inútiles en su papel de humilde subordinación, ó que emprenda estudios que exceden al alcance de su espíritu? En su biblioteca, Rousseau no coloca más que dos libros, el *Telémaco,*—y éste aún está de más, si es cierto, como nos cuenta Rousseau, que exalta la imaginación de las jóvenes,—y *Cuentas hechas* de Barrême. Sofía debe saber á maravilla llevar las cuentas del hogar. Es necesario que sea una verdadera ama de casa, que conozca el precio de los artículos, que vigile á sus criados tal como Jenofonte imaginaba ya á la mujer de Iscómaco.

Lo que Sofía ha aprendido sobre todo en su juventud, son las labores de aguja: cose y borda. La mujer de Emilio, obrero á sus horas, no podría descuidar los trabajos manuales. Rousseau conoció la importancia de lo que hoy llamamos «la educación doméstica». Sofía corta y confecciona ella misma sus vestidos. Lo que prefiere es verdad, es el encaje. ¿Por qué? Es que, de to-

dos los trabajos de aguja, no hay otro que «dé una actitud más agradable». Sofía continúa siendo un poco coqueta, aún en sus ocupaciones del hogar. Rousseau quiere —¿hay que censurárselo?—que la mujer sea siempre graciosa y elegante, que llene de gracia todo lo que hace. Nada debe alterar el encanto de su presencia, aún cuando se ocupe en la cocina. Un poco presumida, Sofía, antes deja derramarse la comida en el fuego que manchar el vuelo de su manga. Emilio, que esa noche comerá mal, ¿se consolará admirando la limpieza inmaculada del vestido de Sofía? Hay, confesémoslo, algo de afectado y de muy delicadamente refinado en la educación de esa joven, que por ejemplo, no ama los trabajos de jardinería, por el motivo de que «la tierra le parece sucia».

Sofía cultiva las artes de adorno, menos para su ventaja personal que para contribuir más tarde á la recreación de su marido. Tiene una voz hermosa, canta: ama la música y toca. Sabe bailar. Pero en todas las otras cosas, es decididamente una ignorante. Le han enseñado un poco de aritmética,—la que necesita para hacer las cuentas de los gastos de la casa: «Quizás las mujeres deben aprender ante todo á contar», según el método natural por cierto: «La pequeñuela se decidirá fácilmente á aprender el cálculo, si se ha tenido cuidado de darle las cerezas de su merienda á condición de que las cuente». Pero de las letras, de la poesía, de la historia, no conocerá nada. Las mujeres sabias son una plaga. «Toda mujer letrada permanecerá soltera toda su vida, mientras haya hombres sensatos en la tierra.» Rousseau ciertamente no hubiera aplaudido la creación de los li-

ceos de niñas, ni aún la de las escuelas primarias. «Las mujeres no tienen colegios: ¿gran desgracia?... Y pluguiera á Dios que no hubiera tampoco para los varones?...»

Por insuficiente que nos haya parecido la instrucción de Emilio, la de Sofia quedará todavía muy por debajo. No es de ninguna manera la mujer ilustrada, cuya acción sería necesaria para la regeneración de la familia y de la sociedad. Rousseau, aunque detestara á París, ha hecho de Sofía una parisiense frívola, que será en la casa una gracia más que una fuerza, un juguete atrayente, un artículo de moda.

No es sólo por su instrucción insuficiente, que se reduce casi á nada, que Sofía diferirá de Emilio; es tambien por el conjunto de su educación. El sistema de la educación de la mujer debe ser contrario al de la educación del hombre. Emilio no hace su entrada en el mundo hasta los veinte años. Sofía es admitida en él desde muy temprano. Antes de ser esposa y madre, debe conocer la sociedad y la vida. A la inversa de las costumbres ordinarlas que tienen á la joven casi encerrada y que lanzan á la mujer en el torbellino de la vida mundana Rousseau quiere que Sofía frecuente los bailes, los espectáculos, las comidas, en compañía de su madre, se entiende; pero que una vez casada se encierre en la paz de la vida doméstica. Hay aquí una inspiración enteraménte nueva, un plan de educación á la inglesa ó á la americana. Si se hace ver el mundo á Sofía, es, desde luego, para hacerle sentir su vacío y sus vicios, y para que lo deteste para siempre. ¿Es cierto que esta emancipación precoz dará los resultados que de ella

espera Rousseau? Alabémosle sin embargo, el haber hecho entrar elementos de alegría, de buen humor y de libertad, en la vida de la jóven. Sofía será jovial, «locuela», «no debe vivir como una abuela.»

Otra diferencia: se hablará de religión á Sofía desde los primeros años de su infancia. La razón que para ello dá Rousseau es precisamente la que le oponíamos, cuando retardaba para Emilio esa enseñanza religiosa que anticipa para Sofía. Si hubiera que esperar que la mujer estuviera en estado de concebir una verdadera idea de la religión,» de discutir metódicamente esas profundas cuestiones, se correría el riesgo de no hablarle nunca». No hay pues allí más que una nueva prueba de la mediocre estimación que Rousseau profesa por la inteligencia femenina. Sometida al juicio de los demás, Sofía aceptará ciegamente la religión de su madre. «Toda hija debe tener la religión de su madre, y toda mujer la de su marido». La opinión, la autoridad, tan osadamente expulsadas de la educación de Emilio, vuelven á ser dueñas soberanas cuando se trata de Sofía. «La opinión, dice enfáticamente Rousseau, es la tumba de la virtud entre los hombres, y su trono entre las mujeres»: lo que quiere decir que las mujeres, en sus creencias como en su conducta, deben pagar tributo á la opinión de los demás. La religión de las mujeres estará por otra parte encerrada «en el circulo estrecho de los dogmas de la moral». Será sencilla y razonable;—«razonable» era ya la palabra de M.me de Maintenon.—«Persuadidle bien que no hay nada útil en saber sino aquello que nos enseña á proceder bien. No hagáis de vuestras hijas teólogas y razonadoras; no les enseñéis de las co-

sas del cielo más que lo que sirve á la sabiduría humana....» Lo que hay de esencial en la religión, es la moral, y se sirve á Dios haciendo el bien.

Por momentos Rousseau vacila, y, sin renunciar á mantener á la mujer en su estado de subordinación, parece darse cuenta de que, para ser esposa y madre, Sofía tendría necesidad de ser un poco más instruida. «No hay, dice, sino dos clases en la humanidad: los que piensan y los que no piensan». Y guiando á Emilio en la elección de una esposa, le invita á apartar toda consideración de fortuna, de rango en el mundo,—«á tomar por esposa aún á la hija del verdugo, tan poco es lo que debe preocuparnos la condición». Lo que importa es que la mujer piense, que sepa educar á sus hijos, que pueda vivir en comunión de ideas con su marido. Pero entonces ¿no es evidente que hubiera sido indispensable darle una instrucción más amplia y más profunda? «Es el marido, responde Rousseau, quien le enseñará todo, quien hará su instrucción . . .» Admito que él la completará, que la extenderá, pero con una condición, y es que de soltera, haya sido ya iniciada en las cosas del espíritu Que se le prohiba la lectura de novelas,— «una niña casta jamás ha leido novelas»,—esto es ya muy severo; pero cómo admitir que nunca haya tenido entre las manos un libro serio, que la literatura le haya sido tan extraña como la ciencia, la «fatal ciencia»? Esta es sin embargo la conclusión de Rousseau, que parecía temer que instruyendo á la mujer se la hiciera igual al hombre, y que, «se transportase asi á la mujer la primacía que la naturaleza dá al marido».

Es cierto que si Rousseau por una parte humilla á

la mujer, por otra la exalta. «Las mujeres, dice, tienen un talento sobrenatural para gobernar á los hombres...» Pero este pretendido talento sobrenatural no es otra cosa que su gracia, su belleza, y por así decirlo, el poder muy natural que ejercen sobre los sentidos del hombre. «Los mejores hogares, dice también, son aquellos en que la mujer tiene más autoridad». Sí, pero según sus teorías, esta autoridad no es la de una inteligencia cultivada, de una razón experimentada: es simplemente un imperio fundado en la gentileza, consagrado por los pequeños medios que sugiere á la mujer su habilidad ó su dulzura. Es con caricias que Sofía ordena, es con lágrimas con lo que amenaza. El padre de M.me Rollin, discutiendo un día con ésta sobre la elección de un marido, le decía: «Comprendo, tu querrías subyugar á alguno que realmente se creyera el amo, haciendo todas tus voluntades...» Sofía es de la misma escuela. Parece que obedece, pero en el hecho, reina y gobierna, y su soberanía no la debe más que á las seducciones de su sexo.

Debe confesarse que este romance de la educación de Sofía, es un libro extraño. En él se mezclan cosas encantadoras con pedantes disertaciones. Pensamientos delicados se aproximan á declamaciones que se diría son las divagaciones de un cerebro enfermo. Las más elevadas lecciones de virtud alternan con pasajes escabrosos de galantería viciosa, y con observaciones más bien ligeras. Al elogio de las costumbres espartanas ó romanas siguen páginas en las que se adivina que Rousseau se complacía en la lectura de Brântóme tanto como en la de la *Biblia*,—que había leido toda entera más de

seis veces, durante los insomnios de sus noches de enfermedad. No debe exigirse á Rousseau la elevada pureza de sentimiento que exige la misión de educador de la mujer. ¿Como conmoverse ante su entusiasmo por la decencia, por la modestia, por la honestidad, cuando se acaba de oirle decir que «Sofía no ostenta sus encantos, que por el contrario los cubre, pero que al cubrirlos, sabe hacerlos imaginar?» O también: «En el adorno sencillo y modesto de Sofía, parece que todo ha sido puesto en su sitio para ser quitado pieza por pieza...» Algunas veces no se sabe, leyendo el *Emilio*, si uno tiene que verse con un moralista austero ó con un hombre afortunado. Lo que no es dudoso es que el recuerdo demasiado realista de M.me de Warens, ó la imagen ideal de M.me Sofía d' Houdetot,—á la que amaba demasiado «para querer poseerla»,—acompañan y dirigen en parte la pluma de Rousseau, cuando traza el retrato de Sofía...

Pero no terminemos con esta impresión desfavorable. Si Sofía no es en manera alguna la mujer fuerte, sensata, ilustrada, como desearíamos que fuera, si es más bien una «mujercita», más graciosa que razonable, que busca antes que todo agradar, que en su coquetería, no desdeñó mostrar su mano blanca, su pie pequeño, saludemos, sin embargo, en ella á una mujer agradable que sabrá atraerse á su marido, una madre abnegada que amamantará y educará á sus hijos, que en fin compensará con raros méritos las imperfecciones de su educación incompleta. De su vida independiente, de su personalidad propia, Rousseau no se preocupa, absolutamente. Es la sociedad conyugal solamente, la que, de

dos seres unidos por toda la vida, puede hacer una persona moral. De esta persona moral, la mujer no es pues más que una parte, un fragmento. En cambio, para el hombre á quien ella completa, será la más atrayente de las compañeras. Sofía no es de «aquellas que destierran del matrimonio todo lo que pueda ser agradable á los hombres.» No es una devota fastidiosa, sugeta á esos dogmas rigurosos que «á fuerza de exajerar los deberes los hacen impracticables y vanos.» Rousseau pretende que en su tiempo «se había hecho tanto para impedir á las mujeres el ser amables, que se había vuelto indiferentes á los maridos.» A la mujer gruñona, tosca, opone la mujer sonriente y alegre, que quiere agradar y lo consigue, que hace dulce y fácil á su compañero de vida la obligación de la fidelidad. Pueden venir deseos de preguntarse cómo Rousseau, despues de todo el mal que ha dicho de las mujeres, encontró entre ellas tantas apasionadas admiradoras. Es que, si no las ha puesto en su verdadero rango, á lo menos las ha adulado, las ha estimulado en su tendencia á dominar por la sola fuerza de sus atractivos naturales. Las ha amado y halagado mucho. Ved con qué complacencia se detiene en la pintura de los amores nacientes de Emilio y Sofía, que deliciosas puerilidades le ocupan en el retrato que traza de su heroina! Para representarla perfecta, apela á todas las razas de la humanidad. Sofía tiene el temperamento de una italiana, la fiereza de una española, la sensibilidad de una inglesa. No le falta tal vez más que el buen sentido y la séria sencillez de una francesa instruida y cultivada. Es ella tambien una alumna de la naturaleza. «No usa otro perfume que el de las flores.»—Nunca la

elogiaré tanto como cuando esté sencillamente puesta....» Hay sabias y hermosas palabras en el pasaje del quinto libro del *Emilio;* estas por ejemplo: «Mostrad á la mujer en sus deberes la fuente de sus placeres y el fundamento de sus derechos. ¿Es tan penoso amar para ser amada? ¿hacerse amable para ser feliz? ¿hacerse estimar para ser obedecida? ¿honrarse para hacerse honrar?...» Muchos otros pasajes explican, sin justificarla por ello enteramente, la opinión de un historiador alemán de la educación, Federico Dittes, que se ha arriesgado hasta decir que consideraba la última parte del *Emilio* como «el mejor libro que haya sido escrito sobre la educación de la mujer.» Y, en todo caso, Sofía, á pesar de las lagunas de su educación, es ya la mujer moderna, hecha no para la iglesia y el convento, sino para la vida de familia; á pesar de sus defectos, posee esta cualidad preciosa y nueva: que su virtud es amable.

VI

Es sobre todo en Alemania, como lo veremos en seguida, donde la influencia de Rousseau y de su pensamiento pedagógico ha sido preponderante. Pero el eco del *Emilio* fué universal y su resonancia dura todavia. Como hombre que buscaba la gloria y cuyo sombrío humor lo hacia asustarse de todo, Rousseau lamentó que el Emilio no hubiera obtenido el mismo éxito que sus otros escritos. Era verdaderamente muy difícil!.... Las cóleras de los unos, las simpatías ardientes de los otros; por una parte, los decretos del Parlamento que condenaba el libro y decretaba la prisión del autor, las iras de la igle-

sia y el famoso mandamiento del arzobispo de Paris; por otra parte, los aplausos de los filósofos, de Clairaut, de Duclos, de d' Alembert,.. ¿qué necesitaba más? El *Emilio* era quemado en París y en Ginebra; pero se le leía con furor; se le traducia dos veces en Londres, honor que hasta entonces no había tenido ninguna obra francesa.

La verdad es, que nunca libro alguno hizo más ruido y se impuso tanto á la atención de los hombres. Por sus defectos, no menos que por sus cualidades, por el tono inspirado, profético, del estilo, lo mismo que por la audacia paradojal de las ideas, el *Emilio* agitó la opinión y conmovió las partes más generosas del alma humana. Cómo enumerar todas las imitaciones, las falsificaciones, á que ha dado lugar el poderoso impulso de Rousseau, sin contar las refutaciones, las contradicciones y las críticas? El final del siglo XVIII ha visto aparecer toda una linea, toda una posteridad de Emilios: primero los *Anti-Emilios*, luego los *Emilios cristianos*, los *Emilios corregidos*, los *Nuevos Emilios*, los *Emilios* retocados, perfeccionados, reducidos, amplificados, hasta Emilios convertidos á la vida social. En muchos puntos, se trató de poner en práctica la educación preconizada por Rousseau; se educó á los niños á la Juan Jacobo. Lo moda tuvo su parte. Hubo también «trajes á la Juan Jacobo», de los que se decía, en lenguaje singular, que eran «análogos á los principios de este autor».

Rousseau había llevado ya muy lejos la utopía; pero ué sobrepasada todavía. Citemos, por ejemplo, un libro muy curioso, que es como la caricatura del *Emilio*, el *Alumno de la naturaleza*, por Gaspar de Beaurieu.

Por necia que fuera esta utopía, no tuvo por ello menos de ocho ediciones, de 1763 á 1794. Para asegurar mejor el aislamiento de su *Emilio*, de Beaurieu había imaginado encerrarlo en una caja de madera, hasta los quince años; luego le desembarcaba en una isla desierta... No podría concibirse nada más extravagante.

Y sin embargo Rousseau no reprobó á su extraño discípulo: gustó de sus paradojas hasta excusarlas y aprobar su exageración. En una carta del 25 de Mayo de 1764, escribía: «He leido el *Alumno de la naturaleza*. No puede pensarse con más gracia, ni hablar más agradablemente...» Rousseau se contemplaba sin confundirse en el espejo de aumento en que un admirador indiscreto había extremado sus fantasias. Es cierto que agregaba, no sin algo de ironía: «Aconsejo al señor de Beaurieu que se aplique siempre más á los asuntos que pueden tratarse en descripciones y en imágenes, que á los de discusión y de análisis... Un tratado de agricultura será perfectamente de su género...»

Rousseau ha encontrado felizmente imitadores más sérios. No se acabaría si se quisiera citar todos los grandes hombres que, en literatura ó en política, le forman en la posteridad largo cortejo de admiradores.

Cuantos revolucionarios se han nutrido con las máximas del *Contrato Social* y han experimentado la influencia política de Rousseau, influencia por otra parte «desastrosa», al decir de Augusto Comte, que califica sus doctrinas de «anárquicas»? Chateaubriand, Jorge Sand, y muchos otros, ¿no son la descendencia del autor de la «Nueva Heloisa»? . . Pero no tenemos que ocuparnos aquí sino de los educadores, y es sobre ellos tal

vez que se ha ejercido más útilmente la acción saludable del pensamiento de Rousseau.

La revolución de 1789 duró demasiado poco tiempo para que le haya sido posible realizar nada duradero en materia de educación. Pero la inspiración de Rousseau se manifiesta en la mayoría de los proyectos que aquella improvisó, sin conseguir ponerlos en ejecución. Los planes quiméricos de Saint-Just, de Lepelletier de Saint-Fargeau, emanan directamente del *Emilio*. En el año III, José María Chenier pedía que se «aplicase á la nación entera la marcha seguida por Rousseau en la educación de Emilio».

Rousseau, á decir verdad, ha suscitado más admiraciones teóricas que aplicaciones prácticas. Nunca se ha tratado, por ejemplo, de acudir á la existencia de esas *Escuelas de la patria*, soñadas por el dulce y sentimental Bernardino de Saint-Pierre, el risueño utopista, el idílico reformador, el entusiasta de la naturaleza. A lo menos hay que reconocer que suprimiendo en su proyecto de educación los castigos y las recompensas, apartando el móvil, de la educación y todavía en muchos otros puntos, Bernardino no ha hecho más que copiar á Rousseau, de quien había sido el amigo, el confidente y el consolador.

Las mujeres han tenido por Rousseau particular ternura. Quién le ha amado y celebrado más que M.me Roland, aquella á quien se ha llamado «la hija de Juan Jacobo», ó «el Juan Jacobo de las mujeres»? En 1777, escribía á una de sus amigas: «Amo á Rousseau más de lo que cabe decir... Llevo á Rousseau en mi corazón...» Le apreciaba sobre todo, decía, por haberle revelado la

felicidad doméstica y las delicias inefables de que puede disfrutarse en la vida de familia. Por su parte, M.me de Staël saluda al *Emilio* como «una obra admirable, que confunde á la envidia despues de haberla excitado», y nos dice que, en su juventud, se había prendado de la educación negativa. Aún entre las educadoras que más han combatido las conclusiones del *Emilio*, es sensible la influencia de Rousseau. La principal obra de M.me de Genlis, *Adela* y *Teodora*, recuerda á menudo *Emilio* y *Sofía:* en ella se encuentran las lecciones indirectas, las escenas artificiales y preparadas, gratas á Rousseau. M.me Necker de Saussure, aunque en oposición con los principios del filósofo del siglo XVIII, se inspira á menudo en él, después de haberle contradicho. Ella ve como él, en el niño, un ser aparte, cuya educación tiene sus reglas propias. Sostiene, despues de él, la idea de un desarrollo progresivo de las facultades, y por consecuencia, la de la sucesión de los métodos apropiados á la edad y á las fuerzas del niño.

Se ha dicho de Rousseau que ha introducido en nuestra literatura el genio del norte, que era un espíritu germánico ó inglés. Yo no sé si esta opinión es muy exacta. Rousseau no conocía nada de la Alemanía. No quería á los ingleses. «Yo no tengo ninguna inclinación por la Inglaterra...» Ha sufrido sobre todo la influencia francesa, durante sus peregrinaciones á través de la Francia y en su larga residencia en París; y en fin, nutrido con lecturas clásicas, puede también ser considerado como un representante de la sensibilidad exaltada de las razas del medio día. Pero lo que es cierto, es que este hijo de Ginebra, si no es «germánico» en su genio,

lo ha llegado á ser por su influencia. Como lo ha demostrado, el lamentado José Texte en su hermoso libro *Juan Jacobo Rousseau y los orígenes del cosmopolitismo literario*, ha irradiado en el extranjero. Ha sido un cosmopolita por el éxito de sus obras y por la expansión de sus ideas.

No hay casi autor alemán que no le haya rendido un testimonio favorable, cuando no un homenaje entusiasta. Un pedagogo que tuvo en su tiempo una gran reputación, por lo demás, poco merecida, Basedow, no jura sino por Rousseau cuyas teorías experimenta, á su manera, con un ardor frenético. No tiene hijo, pero se consuela llamando á su hija «Emilia». Lavater se muestra tan apasionado como Basedow para reformar la educación en el sentido de las doctrinas del «Emilio». Pero he aquí autoridades más considerables. Lessing declara que no puede pronunciar «sin respeto» el nombre de Rousseau. Schilling exalta «al nuevo Sócrates, que de cristianos quiso hacer hombres». Gœthe llama al *Emilio* «El Evangelio de los maestros». Kant afirma que ningún libro «le ha conmovido tan profundamente». Lo había leído con tal avidez, que, en su vida tan ordenada y tan regular, «el curso de sus paseos cuotidianos fué interrumpido un instante». En su pequeño *Tratado de pedagogía*, ha tomado muchos de los principios del *Emilio:* para él también, la naturaleza es buena; es la ausencia de regla lo que es la causa del mal; es partidario de la educación negativa y nada recomienda con más empeño que el respeto de la libertad del niño. Hérder, á quien se ha llamado «el Rousseau alemán», exclama: «Ven, Rousseau, sé mi guía»; y, en una carta á su muy amada

Carolina, aclama al *Emilio* como «una obra divina». En su *Levana,* Juan Pablo Richter dice que de todas las obras anteriores á las cuales se considera deudor el *Emilio* es la que debe citar en primer línea, que «ningún otro libro se le puede comparar en el pasado». Pero es sobre todo Pestalozzi quien tuvo el honor de desarrollar, de popularizar, tratando de aplicarlos, los métodos de Rousseau, cuyas obras habían desde temprano excitado su imaginación: «El sistema de libertad fundado idealmente por el autor del *Emilio* excitó en mí un ardor infinito». Frœbel, en fin, que quería reemplazar los libros por las cosas, que en nada ponía tanto su empeño como en respetar la expontaneidad del niño, merece figurar en el libro de oro de los discípulos de Rousseau. Y no son solamente los grandes hombres alemanes á quienes Rousseau inflamó de sentimientos nuevos: pensadores de menor importancia, Jacobi, Heinse, Klinger, muchos otros aún, han participado de ese culto de adoración unánime que Alemania ha profesado por el educador francés.

Rousseau ha sido un poco menos apreciado en Inglaterra. Allí también no obstante, á pesar del escándalo de su ridícula ruptura con Hume, encontró en seguida éxito y favor. El *Emilio* fué traducido en Londres, desde su aparición; y una segunda edición se hizo pronto necesaria En 1789, David Williams decía: «Rousseau está en plena posesión de la atención pública». Eran, en verdad' las teorías políticas del *Contrato social*, más que las concepciones pedagógicas del *Emilio,* las que ocupaban la opinión. Algo olvidado durante un siglo, Rousseau vuelve á ser sacado á luz por M. John Morley, y también por un distinguido historiador de la educación, Robert

Hébert Quiçk. Este último estima que «las verdades contenidas en el *Emilio* sobrevivirán á las formas fantásticas con que las ha envuelto el autor.» El *Emilio* es, á sus ojos, «el libro más poderoso (influential) que haya sido escrito sobre la educación». Y es también el parecer de M. John Morley, que proclama que el *Emilio* es «una de esas obras fecundas (*seminal*) de la historia de la educación». Señalemos todavía esta confesión de George Eliot: «Rousseau ha vivificado mi alma y despertado en mí facultades nuevas...» Y finalmente ¿no es verdad que el principio de Rousseau, la vuelta á la naturaleza, domina la pedagogía de Herbert Spencer, el más brillante de los teóricos de la educación en la Inglaterra contemporánea?

Es en América, parece, donde Rousseau ha encontrado menos simpatías: no hay que sorprenderse por ello. ¿Cómo este soñador, este indolente, este representante heróico de la sensibilidad de las razas latinas, tendría el don de agradar á las almas viriles y rudas, á los espíritus atareados y prácticos de los ciudadanos del nuevo mundo?

En el estudio que le ha consagrado recientemente, Mr. Th Davidson confiesa su sorpresa. Después de un examen, las teorías más ponderadas de Rousseau le han desengañado. No ha encontrado en él la fuerte y sólida substancia con que esperaba nutrirse estudiando el *Emilio*. Y no obstante, mirándolo de cerca, la educación americana, tal como la vemos desenvolverse prácticamente en nuestros días tiene más de un punto de semejanza con la pedagogía ideal de Rousseau. Uno de los jefes de la educación americana, el respetable presidente de la Universidad de Harvard, Mr. Eliot, resumien-

do los progresos realizados en su país en el curso del siglo XIX, señala en primera línea la introducción en los programas escolares de dos cosas esenciales: el estudio de la naturaleza y el trabajo manual. El niño americano no es ya un fantasma lógico, hartado de frases y de abstracciones: es una criatura viva que trabaja con sus manos, como con su espíritu.... ¿Pero todo eso, no es de Rousseau? Igualmente hace notar Mr. Eliot que se ha verificado una gran renovación en la disciplina. En religión, se ha substituido el amor al temor; en política, se ha comenzado á comprender que el gobierno de las naciones no debía ser lo que ha sido durante millares de años, la obra de una voluntad arbitraria y absoluta; que había que poner en su lugar el gobierno libre del pueblo por el pueblo; y en consecuencia se ha llegado á pensar que la concepción moderna y más exacta de un buen gobierno para los ciudadanos de una nación tenía algo que enseñarnos en lo que concierne á un buen gobierno para los niños, que también ellos deben ser libertados, en la medida de lo posible, del yugo de las viejas tutelas, y ejercitarlos en gobernarse por sí mismos.... ¿Pero esto aún, no es de Rousseau?

Sin que lo advirtamos, el espíritu pedagógico de Rousseau se ha deslizado é infiltrado en los ejercicios de enseñanza, y en las prácticas de educación, que nuestro tiempo se esfuerza en favorecer cada vez más. Entrad en una de nuestras escuelas maternales; se dan allí lecciones de cosas; se muestra los objetos á los niños; se practica el método de la observación y de la intuición directa. Saludad: es Rousseau el inspirador de esos métodos....

Visitad uno de esos colegios ingleses que el señor Demolins trata de imitar y vulgarizar en Francia: en ellos encontraréis maestros, celadores y profesores á la vez, que nunca abandonan á sus alumnos, que, como ellos, viven en el colegio de la mañana á la noche; ¿cómo no reconocer en ellos á los descendientes reales del preceptor imaginario á quien Rousseau ha confiado el cuidado de Emilio?.... Penetrad en una de esas escuelas americanas en que se condena el abuso de los libros y de los manuales, donde á la esclavitud mental de una instrucción mecánica se han substituido el método de independencia intelectual á fin de que el niño adquiera lo más posible por sí mismo, por su esfuerzo personal, lo que tiene necesidad de saber: y allí todavía os vereís obligados á reconocer la mano de Rousseau... Por do quiera donde la disciplina se ha hecho más liberal, donde reinan los métodos activos, donde al niño se tiene constantemente en ejercicio, se excita su curiosidad, se sostiene su atención, al mismo tiempo que se respeta su dignidad, puede decirse que ha pasado Rousseau...

Las utopías caen, y las verdades quedan. El espíritu sobrevive á la letra. De la pedagogía de Rousseau no puede pensarse en extraer un sistema definido y definitivo de métodos y de procedimientos. No, pero lo que vale más quizá, ha transmitido á sus sucesores, comunica todavía á todos aquellos que le leen, una partícula á lo menos de la llama que le animaba. Como lo decía Mme. de Stäel, tal vez no ha descubierto nada, pero lo ha inflamado todo. Su elocuencia ha sido el llamado más poderoso que jamás se dirigiera á los padres y á los maestros para incitarles á tomar á lo sério su tarea de

educadores. Con él la educación llega á ser una misión santa, un ministerio sublime. En las cuestiones de enseñanza ha hecho circular un espíritu de vida, un movimiento de pasión, que nunca habían conocido los pedagogos secos y fríos que las habían tratado antes que él. El papel del educador se ha elevado y ennoblecido para lo sucesivo; y, por el fuego de su entusiasmo, Rousseau ha impreso á la ciencia y al arte de educar á los hombres, la magestad y la solemnidad de una especie de revelación religiosa.

Y así como, en las obras de Rousseau, el tiempo, iluminando los errores, mantiene y desarrolla las simientes de vida que ha exparcido con profusión en el campo de la educación, lo mismo en el hombre, en su carácter y en sus actos, el alejamiento y el retroceso de las edades nos disimulan los defectos y las faltas, que poco á poco penetran en la sombra, para no dejarnos ver más que las cualidades y las virtudes.

Si Rousseau ha continuado siendo un gran seductor de las inteligencias humanas, no es únicamente á causa del poder de su genio innovador. No lo es tampoco por el solo efecto de su estilo, de ese estilo á veces un poco pesado, pero de donde á cada instante brota el relámpago, y que le ha merecido ser llamado el «rey de los prosistas». Es porque, detrás del escritor y del pensador, sentimos palpitar el corazón más sincero que nunca haya latido en el pecho de un hombre. Era menester que la enemistad de Voltaire fuera muy fuerte para que haya llevado la obcecación hasta escribir: «Es en vano que Rousseau se haga unas veces el estóico, otras el cínico: sin cesar se desmentirá. Ese hombre es fingido de la

cabeza á los pies». Lo contrario es lo que es cierto. El gran encanto de Rousseau, el secreto de la irresistible simpatía que inspira, es precisamente que se entrega todo entero, que se muestra al desnudo, por decirlo así. Alma más sensible que reflexiva, espíritu más estético que filosófico, no ha conocido esa posesión de sí, ese dominio de una razon sólida y fría, que permite á un pensador dominar la agitación de los sentimientos, la confusión de las imágenes, para construir y organizar un sistema de razonamientos seguidos y sólidos. De aquí las indecisiones, las contradicciones de su pensamiento. Además, soñador dirigido por sus sentidos, no sabía resistir á los impulsos del instinto. De aquí los desfallecimientos de su vida moral, desfallecimientos que no conocemos, por otra parte, sino porque él los ha confesado. Muchos hombres de genio han tenido, sin duda, las mismas pasiones, las mismas debilidades que él: pero las han ocultado tanto como han podido; él, las ha ostentado en la franqueza descarada de sus *Confesiones*.

La filosofía moral de Rousseau no tiene nada de fijo, ni de preciso. No se encuentran en ella reglas de conducta establecidas con bastante fuerza á fin de que puedan ser suficientes para educar á los hombres. Hay algo del estóico en él, pero más del epicúreo. «El hombre que más ha vivido, dice, no es el que ha vivido más largo tiempo, sino el que ha sentido más la vida». Gozar de la vida, tal es el fin propuesto á Emilio. Es cierto que Rousseau escribe enseguida: «¿Agregaré que su fin es también hacer el bien, cuando lo puede? Nó, pues esto también es gozar de la vida...» El cumplimiento del deber es presentado, no como una ley y una obligación,

sino como una fuente de placer. El estóico reaparece cuando Rousseau recomienda la limitación de los deseos, cuando dice que el hombre esencialmente bueno es aquel que tiene menos necesidades, que se basta á si mismo. Sobre este punto, Rousseau ha conformado generalmente sus acciones á sus máximas. Ha tenido horas de destemplanza. Llegó, en su juventud, á hurtar en las bodegas del señor de Mably botellas de un vino blanco que le gustaba, y podrían citarse muchos otros pecadillos. Pero, en el conjunto de su vida, fué sobrio, sencillo en sus gustos, enemigo del lujo, moderado y hasta austero

Lo que le ha faltado, más que las altas y nobles inspiraciones, es la energía necesaria para dominarse. Los sentidos y la imaginación han gobernado su existencia. ¿Podía serlo de otro modo con la educación que había recibido? De muy niño, su padre leía con él novelas hasta al amanecer; y solamente cuando oía cantar las golondrinas es que le decía: «¡Vamos á acostarnos, Juan Jacobo!...» Amigo de la virtud más que virtuoso, más agitado que activo, esclavo de sus sensaciones cuando había querido ser el apóstol de la libertad, sacudido por los caprichos de su fantasía, cuando pretendía establecer entre los hombres el reinado de la razón soberana, capaz de ser á sus horas un héroe de valor y de desinterés, para rebajarse en seguida á actos indignos y hasta criminales, sentimental é idealista, y sin embargo dejando entender á menudo en sus más poéticos himnos á la belleza y al amor no sé qué grosero eco de sensualidad erótica, ha mezclado en el torrente de su vida aguas cenagosas á los raudales más puros. Exaltado por momentos con pensamientos sublimes, se ha substraído sin

embargo á los deberes más estrictos y más dulces, y no le ha absuelto de sus faltas su entusiasmo demasiado platónico por el bien. Ha vivido demasiado á menudo como egoista, buscando la soledad que halagaba su fantasía, huyendo de los hombres que molestaban su orgullo. Estuvo imbuido de su sentido propio hasta romper de buena gana con el sentido común, y embriagado de tal modo de si mismo que se consideraba un ser excepcional, de una raza aparte: «¿Por qué la Providencia me ha hecho nacer entre los hombres, habiéndome hecho de otra especie que ellos?»

Y no obstante, este misántropo un poco salvaje, ha contribuido á hacer amar más la vida, introduciendo en ella más libertad, más alegría, más creencia; despertando, fortificando según la frase de Mme. Roland, «todos los afectos que ligan á la existencia», la abnegación por la humanidad, el entusiasmo por el ideal, la amistad y el amor. Ha sido generoso, caritativo. Soñó la felicidad del hombre: «Haz tu paraíso en la tierra en tanto que esperas el otro». Trabajó para una sociedad nueva, rejuvenecida, desembarazada de los prejuicios del pasado: «¡Ay de tí, río de la costumbre!»

Defendió valerosamente, en un siglo de cortesanos, los derechos de su libre palabra, y, bajo un régimen de opresión, mantuvo su independencia sacrificando su felicidad. Fué un ciudadano. Hijo de Ginebra, bebió en las tradiciones de su primera patria el amor de la libertad, la fiereza republicana: «Entre nosotros, se aprenden esas máximas con la leche». En una sociedad de excépticos, de taimados, fué un ingénuo, un creyente. Los críticos literarios le dan el mérito á Rousseau de haber

introducido en Francia la melancolía soñadora de los países del norte. Si, pero esa melancolía no se muestra en el *Emilio*, que es, por el contrario, un libro de optimismo, de confianza gozosa en el porvenir. Los espíritus verdaderamente vivos y fecundos son aquellos que miran no al pasado, sino á las edades futuras: Rousseau es de estos. En su soberano desdén por la tradición envejecida, ha preparado la juventud de los tiempos nuevos. Con Voltaire, decía Goethe, es un mundo que acaba: con Rousseau, es un mundo que empieza. El siglo XVIII, con Rousseau sobre todo, es el llamado á la naturaleza eterna, el comienzo de una marcha hacia adelante, una anticipación atrevida del porvenir.

Que se critique á Rousseau, que se censuren sus errores, convengo en ello: pero que no se nos prohiba admirarle. No cesará de ser leido, seguido, obedecido, en algunas á lo menos de sus prescripciones. Será siempre un fermento de vida y de regeneración moral. Puede decir con arrogancia al crítico: «Pega, pero escucha». Sobre todo será eternamente amado. Sé muy bien que Mme. du Deffand, que le reprochaba querer sumergirlo todo en el caos, le llamaba «un sofista antipático». Pero esta no es más que una excepción, una voz perdida en el concierto de alabanzas que en todas partes se eleva en su honor. Las mujeres de todos los tiempos se han apasionado por Rousseau. Pero los hombres tampoco le han escatimado el tributo de su devoción. «Amo el Emilio», decía Saint-Marc Girardin, y exponía doctamente sus razones. No es el único que habla así. «Siempre nos será imposible no amar á Juan Jacobo Rousseau», declaraba, hace cincuenta años, Sainte Beuve. Y reciente-

mente, la misma declaración, como un refrán, aparecía bajo la pluma del señor Jules Lemaitre: «Me es imposible no amarle: conozco que fué bueno». Amémosle, porque en efecto fué bueno, porque, gracias á él, un soplo de humanidad, de bondad, ha penetrado y enternecido los corazones, porque ha amado él mismo la verdad, porque se ha apasionado por la justicia, cuya violación le inspiraba desde su infancia rabias de cólera. Amémosle y compadezcámosle, porque ha sufrido. Dejemos á los espíritus curiosos é indagadores el cuidado de decidir cuál fué la causa de sus sufrimientos, la enfermedad mental, la especie de locura de que hubiera estado afectado No queremos saber si ha sido neurasténico, histérico ó simplemente hipocondríaco. Lo que es cierto, y que nos basta, es que ha tenido corazón y, además, genio.

FIN

BIBLIOGRAFIA

En las obras mismas de Rousseau, además del *Emilio*, hay que leer:

Proyecto para la educación de M. de Sainte-Marie (1740).

La Nueva Heloisa, quinta parte, Carta III (1761).

Emilio y Sofía ó los Solitarios (1778).

Carta á Cristóbal de Beaumont, arzobispo de Paris (1763).

Consideraciones sobre el gobierno de Polonia y sobre la reforma proyectada en 1772 (1772).

En la *Correspondencia*, las cartas al príncipe de Wirtemberg (1763), y *passim*.

Entre las muy numerosas publicaciones á las cuales ha dado lugar el examen del *Emilio* y de las ideas de Rousseau, no citaremos más que las más importantes y las más recientes:

J. Brockerdoff, *J. J. Rousseau, sein Leben und seine Werke*, 3 vol., Leipzig, 1863.

H. Beaudouin, *La vie et les œuvres de J. J. Rousseau*, 2 vol., París 1871.

Saint-Marc Girardin, *J. J. Rousseau, sa vie et ses ouvrages*, 2 vol., París 1875.

J. J. Rousseau juzgado por los ginebrinos de hoy, conferencias dadas en Ginebra, en ocasión del centenario del 2 de Julio de 1878, Ginebra 1879. Ver sobre todo: *Las ideas de Rousseau sobre la educación*, por ANDRÉS OLTRAMARE, y *Característica general dé Rousseau*, por H. Federico Amiel.

John Morley, Rousseau, 2 vol., Londres, 1888 (primera edición, 1873).

E. Ritter, *La famille et la jeunesse de J. J. Rousseau*, París 1896.

Streckeisen-Moultou, *J. J. Rousseau, ses amis et ses ennemis*, 2 vol., París 1865.

A. Chuquet, *J. J. Rousseau*, en la colección de los *Grandes escritores franceses*, París 1893.

Davidson, *Rousseau and education according to nature*, en la colección *The great Educators*, New-York y Londres 1898.

J. Texte, *J. J. Rousseau et les origine du cosmopolitisme littéraire*, Paris 1895.

A. Espinas, *El sistema de J. J. Rousseau*, en la *Revue Internationale de l'enseignement*, t. XXX y XXXI, 1895 y 1896.—Ver también: Musset-Pathay, *Historia de la vida y de las obras de J. J. Rousseau* (1821); Robert Hébert Quick. Essays on educational reformers. Londres, 1868; Rousseau's Emile, abridged and annotated por William H. Payne: New-York 1893; Hanus, *Rousseau and education according to nature*, New-York, 1897; M. Gréard, *L'éducation des femmes par les femmes*;—y, en fin, los artículos ó capítulos consagrados á Rousseau por Brunetière, *Estudios críticos sobre la literatura francesa*, 3ª y 4ª series;—por Faguet, Siglo XVIII: *Estudios literarios*, 1890;—por Taine, *Los orígenes de la Francia contemporánea; el Antiguo régimen*, 1882;—por Melchor de Vogüé, *Historia y Poesía*, 1898. por M. E. Lintilhac, *Literatura francesa*, etcétera.

ÍNDICE Y SUMARIO

